Ficciones III

Madrugada insurrecta

Rigoberto Martínez Escárcega

3

FICCIONES

MADRUGADA INSURRECTA

RIGOBERTO MARTÍNEZ ESCÁRCEGA

Diez días antes del asalto, en una clandestinidad poblada por la urgencia, el humo de la Ciudad de México y la adrenalina a flor de piel, un pequeño grupo de jóvenes soñadores –profesores rurales, estudiantes y campesinos– toma la decisión irrevocable de dejar atrás la palabra escrita y marchar hacia la sierra de Chihuahua para sacudir las conciencias de un país adormecido por la injusticia.

En esta precuela de *Retorno inasible* (2023), Rigoberto Martínez Escárcega humaniza los actos heroicos del primer movimiento socialista mexicano. *Madrugada insurrecta* nos transporta a los días previos al icónico asalto al cuartel de Ciudad Madera ocurrido el 23 de septiembre de 1965. A través de las voces de sus propios protagonistas, la novela reconstruye el pulso íntimo de la conspiración: los errores cómicos de los improvisados ladrones de autos, las largas caminatas bajo el frío de la montaña, las dudas existenciales que rozan el miedo y la convicción inquebrantable de que su sangre regaría los campos de la libertad.

La novela es, tanto un thriller histórico cargado de suspenso (donde el lector ya conoce el trágico destino, pero sigue esperando el milagro), como un homenaje literario a la resistencia de los pueblos marginados de la sierra chihuahuense.

Rigoberto, persistente con su estilo literario, fusiona la poesía con una novela histórica meticulosamente documentada.

CELAPEC
Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico

Madrugada insurrecta

FICCIONES

Madrugada insurrecta

Rigoberto Martínez Escárcega

CELAPEC
Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico

Primera edición 2026.

© Rigoberto Martínez Escárcega
© Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico
Ciudad Juárez, Chih., México.
editorial@celapec.edu.mx

ISBN 978-607-26654-4-6

Número de registro: 03-2026-070110570200-01

Reservados todos los derechos. Apoyamos la libre reproducción o transmisión total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluido fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información, siempre y cuando se realice sin fines de lucro o medro alguno.

Imagen y diseño de portada: Alejandra Torres León.

Disponible en formato electrónico en: www.celapec.edu.mx

1

LOS PERROS LADRAN a esa ciudad extraña que, entre unos insoportables dolores de parto, no termina de nacer. El ruido del ferrocarril instala una huelga indefinida contra el silencio. Poco a poco, una penumbra enlutada se llena de cirios encendidos como si fuera un cementerio. El humo de los camiones urbanos arrebata la inocencia al viento. Un olor a cloaca profunda ronda por los callejones sin salida. Los obreros salen, por fin, medio muertos de la boca del infierno. Una plaga de automóviles se refugia detrás de la noche. La selva de asfalto se sumerge en la bruma de la soledad.

El 13 de septiembre de 1965, como a las ocho y media de la noche, el último grupo de guerrilleros salió de una casa clandestina ubicada en la colonia Pantitlán, en la Ciudad de México, con el propósito de trasladarse a la sierra de Chihuahua. Nunca se imaginaron, ni por asomo, que ese sería el inicio de un desenlace fatal. Arturo Gámiz García, Pablo Gómez Ramírez, Antonio Scobell Gaytán, Emilio Gámiz García y Ramón Mendoza Torres abordaron un camión urbano que venía de Nezahualcóyotl con rumbo al centro de la ciudad. El lugar de donde salían los autobuses de la línea *Flecha Amarilla* se localizaba cerca del Monumento a la Revolución. Preguntaron por el costo de los boletos. La próxima corrida hacia las tierras del norte estaba programada a las cuatro de la mañana del día siguiente.

—El dinero que traemos no alcanza para comprar los boletos. Así que mejor le expropiamos el vehículo a un ricachón. Además, no es seguro andar así nomás a las tontas cargando las armas —indicó Arturo Gámiz con determinación.

El grupo de insurrectos decidió que Toño Scobell y Emilio Gámiz se quedaran en la oficina de los autobuses a resguardar el equipaje. Cinco mochilas de campaña de color verde olivo, recién adquiridas, formaron un promontorio que llamaba la atención hasta de la mirada más distraída.

Arturo Gámiz, Pablo Gómez y Ramón Mendoza salieron con paso apresurado rumbo al bosque de Chapultepec. Caminaron cerca de cinco kilómetros sin pronunciar una palabra. No querían llamar la atención de algún transeúnte trasnochado. Cuando por fin se adentraron en el follaje de los árboles, se dieron cuenta de que escaseaban los automóviles a su alrededor. Se cruzaron en el camino con un *Ford* color verde ataviado de triángulos blancos en los costados, de esos que les decían "cocodrilos", cuyo conductor les ofreció sus servicios de taxi. Se compartieron una mirada de complicidad. Rechazaron el ofrecimiento y continuaron con la búsqueda.

—Necesitamos un auto de modelo más reciente, donde podamos viajar todos y que no despierte sospechas —dijo Pablo Gómez confirmando una decisión irrevocable.

Caminaron como penitentes por más de dos horas alrededor del bosque. Ningún auto se ajustaba a las condiciones requeridas. Unos espíritus chocarreros les seguían los pasos. Cuando se aprestaban a cambiar de rumbo, se

toparon con un *Chevrolet* de modelo reciente. De forma extraña, el coche se encontraba estacionado en un callejón oscuro, al lado de un puente peatonal y frente a una escuela primaria. Se les dibujó una sonrisa maliciosa en la mirada. El primer contratiempo que se presentó fue que no encontraron una forma convencional de abrir las puertas del carro. Intentaron botar el seguro con un destornillador y una navaja; después probaron con un alambre recocido y una rama de pino, y terminaron rompiendo el cristal del copiloto con un ladrillo. El segundo contratiempo que se hizo evidente fue que ninguno de los tres guerrilleros tenía conocimientos elementales para encender un automóvil sin las respectivas llaves. Desarmaron el tablero y pelaron un par de cables, tal y como lo habían visto en las películas. Lo único que consiguieron fue generar un corto y fundir los fusibles. Ya desesperados, esculcaron los compartimentos en busca de un milagro.

—¡Oigan! Este carro es de un general del ejército. Mejor aquí lo dejamos. No vaya a ser la de malas y se pongan a buscarlo por todas las carreteras del país —indicó Arturo Gámiz al leer unos papeles que sacó de la guantera.

Un viento malhora formó un remolino con la hojarasca del bosque. La basura arrecholada en los recovecos de la nostalgia salió volando por el cielo. La noche indiscreta les quería compartir sus secretos. Unos cincuenta metros más adelante se toparon con un automóvil antiguo que se puso a modo. Con un alambre abrieron la puerta al primer intento y con unas llaves usadas lo encendieron de inmediato. Arturo Gámiz se

colocó al volante, Pablo Gómez se acomodó como copiloto y Ramón Mendoza se instaló en el asiento trasero. La luna, coqueta, les obsequió una sonrisa. No avanzaron ni media cuadra cuando el vehículo se detuvo. De inmediato se bajaron Pablo Gómez y Ramón Mendoza a darle un empujón. De manera sorpresiva, se sumó a la tarea un soldado que se encontraba de guardia frente al hospital militar. Un maremoto de nervios se respiraba en el ambiente. Por fortuna, el motor encendió al segundo intento.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijeron los aprendices de ladrones.

—¡Cuídense, muchachos! ¡Con ese cacharro no van a llegar muy lejos! —gritó el soldado a manera de despedida.

El aliento de la noche les engatusó los ánimos. El graznido de los cuervos les espantó el sueño. Los tres guerrilleros se miraron decepcionados del botín adquirido.

—Mejor viajamos en camión. Es más seguro. Con el dinero que tenemos nos alcanza hasta Aguascalientes. Ahí vemos cómo le hacemos —comentó Arturo Gámiz con el fracaso de la jornada nocturna trepado en la espalda.

El asunto es que, al final de cuentas, el último grupo de guerrilleros salió de la Ciudad de México rumbo al norte del país en punto de las cuatro de la mañana de un 14 de septiembre de 1965. Cuando se subieron al autobús, los asientos se encontraban vacíos, así que se acomodaron a sus anchas en la parte posterior. Tres pasajeros más los acompañaron en el abordaje. El sol que se

colgó del nuevo día les dio una cálida despedida. Al abandonar la Ciudad de México, el cielo, vanidoso, les mostró su pecho infinito. No podían conciliar el sueño. La adrenalina dentro del cuerpo corría como un caballo desbocado. El chofer del camión se detuvo en cuanto pueblo o ranchería se topó en el camino. Más pronto de lo que se podría imaginar, los asientos se vieron abarrotados. El chofer prolongó más allá de donde habita la cordura un viaje que de forma regular se realiza en seis horas. El autobús se detuvo en dos restaurantes de paso. Llegaron a la ciudad de Aguascalientes como a las tres y media de la tarde. Un sentimiento de desolación los recibió con los brazos abiertos.

—Vamos a la cooperativa de campesinos. Ahí de seguro los compañeros nos dan un poco de ayuda para continuar con el viaje —señaló Pablo Gómez dando a entender que por esas tierras conocía gente de confianza.

Un cielo encapotado refunfuñó un quejido. Allá a lo lejos, a unas nubes malhumoradas se les empezó a escurrir el pellejo. Después de comer unos tacos de carne asada, Arturo, Pablo y Ramón se dispusieron, de nueva cuenta, a expropiar el automóvil de un pudiente. Caminaron hacia las afueras de la ciudad. Intentaron en más de tres ocasiones incautar un medio de transporte que se encontrara en buenas condiciones, pero la presencia incómoda e inoportuna de gente extraña se los impidió. Era más que evidente la falta de pericia y determinación para hacerse de la propiedad ajena. Se la pasaron más de una hora discutiendo sobre el carácter arbitrario e injusto de la propiedad privada. Al final del día, un sentimiento de frustración les habitó la voluntad. Se

acomodaron debajo de un tejabán a cubrirse de una brisa ligera que caía del cielo y que no se decidía a convertirse en lluvia. Sacaron cuentas. Con el poco dinero disponible les alcanzaba para viajar en un camión de pasajeros hasta la ciudad de Torreón. Ahí, de seguro, las caprichosas circunstancias navegarían a su favor.

Regresaron a la cooperativa de campesinos. Se acordó que Emilio Gámiz se trasladara a la ciudad de Zacatecas para localizar a Salomón Gaytán Aguirre, el responsable militar del grupo. Salomón se había adelantado en el viaje con el propósito de recoger una dotación de cartuchos de dinamita que unos compañeros de lucha habían extraído de la mina Proaño, ubicada en los alrededores de la ciudad de Fresnillo.

—Oye, Emilio, llévate la máquina de escribir. La empeñas en el Monte de Piedad para que te hagas de unos recursos. Nos alcanzan en Torreón. Ahí nos vemos en la central de autobuses —ordenó Arturo Gámiz asumiendo una voz de mando.

La noche se tragó los últimos suspiros del día. Las estrellas, sin explicación alguna, brillaron por su ausencia. El grupo de insurrectos desvelados llegó a la ciudad de Torreón, Coahuila, hacia la una de la mañana de un 15 de septiembre de 1965. Como no eran horas para andar por las calles robando carros con las mochilas repletas de armas oxidadas, el doctor Pablo Gómez propuso que Toño Scobell se quedara en la central de autobuses a esperar a los compañeros que venían de Zacatecas, mientras que los demás elaborarían un plan para continuar con el viaje. Y así como no queriendo la cosa, como si fueran unos turistas desorientados, los ladrones recién

estrenados se pusieron a platicar con el chofer de un taxi. Que si cómo le va con la chamba, que si tiene muchas horas trabajando, que si es dueño del carro, que si a cuánto anda la tarifa. Total, al final de tanta platicada les llegó el nuevo día y quedaron muy apalabrados de que el chofer del taxi los llevaría al poblado de Bermejillo, Durango, en punto de las tres de la tarde. Se comprometieron a pagarle un dinero extra por sus servicios.

Cuando llegaron los compañeros que procedían de la ciudad de Zacatecas, el nuevo grupo de guerrilleros almorzó unos tamales acompañados de champurrado. El doctor Pablo Gómez se dirigió a una farmacia y se hizo de unas jeringas y unos medicamentos extraños. Luego, se acordó, sin que nadie chistara ni un poquito, que Ramón Mendoza y Emilio Gámiz abordaran un camión de pasajeros y se adelantaran en el viaje a la ciudad de Chihuahua, ya que eran los únicos que no cargaban ninguna orden de arresto sobre sus espaldas. Los demás prófugos de la sinrazón se trasladarían en un taxi secuestrado. A partir de ese momento, un astro luminoso se instaló de forma permanente en el cielo. Una nube amoratada les espantó el sueño. Como que el universo desatento les quería enredar los pies.

2

El 15 de septiembre de 1965, como a eso de las siete de la mañana, Emilio Gámiz y yo salimos de Torreón en un camión de pasajeros con rumbo a la ciudad de Delicias. Mi nombre es Ramón Mendoza Torres para que se sepa de una buena vez quién es el que está hablando. El viaje estuvo ligerito como espiga de trigo. El autobús se paró nomás un rato en la ciudad de Jiménez. Parecía como si Delicias estuviera ahí, luego, luego, nomás tras lomita. ¡Qué berrinchudo y caprichoso es el tiempo! Fuimos a buscar a unos compañeros para que nos apoyaran con unos centavos. Ya de pasada nos echamos un taco. ¡Qué sabrosos están los burritos de barbacoa por esas tierras!

Nos bajamos del camión y nos enrumbamos hacia una taquería que se nombraba: «El Borrego de Oro». Yo pedí unos tacos de barbacoa y Emilio se desquitó con una orden de bistec. Más tardaron en servirnos que nosotros en localizar a un amigo que trabajaba ahí mismo como cocinero. Sin soltar muchos detalles, le comentamos que, palabras más, palabras menos, había llegado la hora de levantarnos contra el gobierno. Así que necesitábamos de un empujoncito para terminar de llegar a la ciudad de Chihuahua. El cocinero nos pagó la cuenta y nos entregó un dinero que juntó entre algunos compañeros que trabajaban por ahí cerca. La pura verdá es que esos compas se portaron muy gente. Nadie de los apersonados se quiso incorporar al levantamiento armado, pero nos brindaron su apoyo y nos entregaron un

revólver que no se sabe quién le robó a su abuelo que había participado en la revolución, al lado de Pancho Villa. ¿Ustedes creen? Qué cosas. Nos despedimos muy amistosos y abordamos un camión de esos que les dicen: *Rápidos Delicias*.

Llegamos a la ciudad de Chihuahua como a las cinco de la tarde. En cuanto pusimos un pie en el suelo, nos enfilamos a la casa de Guadalupe Jacott. No la encontramos. Nos dijeron que andaba fuera, pero que al rato llegaba. Aprovechamos el tiempo muerto para rentar un cuarto en un motel de mala muerte que nos encontramos ahí cerca. Nos rasuramos y hasta nos bañamos con agua caliente. No sé por qué, pero nomás no pudimos quitarnos de encima un olor como a infierno que se nos pegó en la Ciudad de México. Después de pelearnos a brazo partido con la roña, nos fuimos de nuevo a la casa de Lupita Jacott. Yo le dije:

—Oye, con la novedad de que ya vienen en camino Arturo, el doctor y los demás compañeros. Tengo la encomienda de decirte que vayan a esperarlos a las ocho de la noche en la entrada a Chihuahua. Vienen en un taxi o algo así. También nos encargaron que juntáramos a todos los compañeros.

—Muy bien. Pues, manos a la obra. Voy a darles el aviso a los demás —me contestó muy atareada.

—Oye, Lupita, rentamos un cuarto en el hotel que está aquí a la vuelta. Es que venimos desvelados. Tenemos dos noches que no cerramos ni un ojo. ¿Nos puedes despertar como a eso de las siete y media? Queremos ir a recibir a los compas.

—A ver si no les pican las chinches —contestó Lupita como ahogada en medio de una sonrisa.

Dormimos con rabia; como si les tuviéramos coraje a las cosas de la vida. Los sueños me arrebataron el sosiego. Un fantasma arrejolado en no sé dónde empezó a merodear las trancas de la imaginación. Nos despertaron unos golpes muy fuertes, como si se fuera a acabar el mundo. Hildebrando Gaytán y Fernando Hernández nos fueron a sacar de un sueño muy sabroso.

—¡Eh! ¡Compañeros! ¡Despierten! Ya llegó la hora de la verdad —gritó detrás de la puerta Hildebrando Gaytán.

—¿Qué se traen? ¿Por qué tanta bulla? —pregunté al abrir la puerta del cuarto.

—¡Vámonos! ¡Ya llegaron los muchachos! —informó muy animado Fernando Hernández.

—¿Qué pasó? ¿Qué hora es? —preguntó Emilio Gámiz, desconcertado.

—Ya mero van a dar las diez de la noche. Vamos a la casa de Pedro Uranga. Ahí está reunida toda la banda —nos dijo Hildebrando Gaytán, así con tono fuerte, con voz de autoridad.

El cielo parecía perro cusileado. Una música ranchera se nos metió a bailar en los oídos. En las calles, el gentío estaba muy contento por el inicio de la guerra de Independencia. En la casa de Pedro Uranga y Paquita Urías nos juntamos un montón de personas, éramos, fácil, más de veinte. ¿Qué les puedo decir? Pura chavalada; más o menos andábamos en los veinte abriles. Nomás el doctor Pablo Gómez como que era más mayor, tendría como unos cuarenta años, algo así. No pues, la verdá, es que

sí infundía harto respeto. Ni qué decir. También se aprontaron como tres mujeres. Muy guapas las tres. Uno se chiviaba nomás de verlas.

¿Que si dónde se ubicaba la casa de Pedro Uranga? Ora verán, qué les digo. Me acuerdo que la casa estaba en la colonia que le nombran Santo Niño. Era como a dos cuadras de la calle esa grande, de mucho tráfico, que le dicen Universidad. Cerca de la deportiva, ahí por la casa en donde vivía el gorila ese que teníamos de gobernador. ¿Cómo se llama? Ah, sí: Giner Durán.

¿Que si quiénes se reunieron? Ahí sí me la ponen muy difícil. Dejen ver de quién me acuerdo. De seguro estuvimos el grupo que entrenó en la Ciudad de México. Los dirigentes: Arturo Gámiz, el doctor Pablo Gómez y Salomón Gaytán, que era el mero encargado de la parte militar. Toño y Lupito Scobell que son de por allá de la sierra, del Mineral de Dolores. También estaba el profesor Rafael Martínez Valdivia. Otros más chamacos que apenas eran estudiantes como Óscar Sandoval, Emilio Gámiz y Paco Ornelas. Ahí se hizo presente Florencio Lugo, un obrero de por allá de Casas Grandes, bragado a todo lo que da. Yo, por supuesto. ¡Ah!, se me olvidaba José Juan Fernández o el tal Matías que no sé de dónde salió. El grupo de la ciudad: Óscar González Eguiarte, que era el responsable; Hildebrando Gaytán, que se las daba de intelectual; Saúl Ornelas, Pedro Uranga, Juan Fernández y Fernando Hernández. Unos compas que llegaron de fuera, de nombre Jesús y Salvador. Y, pues, las mujeres: Lupita Jacott, Lolita la hermana de Arturo Gámiz, Paquita Urías y una hermana de Paquita que en ese entonces era menor de edad, ¿cómo se llamaba? Ya

la tengo: Margarita. No pues, entonces, eran cuatro mujeres. De esas me acuerdo. De seguro había otras personas, tres o cuatro más, pero se me van los nombres. Faltaban Salvador y Juan Antonio Gaytán que fueron por las armas al Mineral de Dolores. Y el profesor Miguel Quiñónez que viajó un poco antes y nos esperaba en Arisiachi, el pueblo donde trabajaba, y donde quedamos de juntarnos. Por ahí va la cosa. Lo importante es lo que se dijo en esa reunión.

Resulta que habló Arturo Gámiz, pues quién más. Dijo algo así como que había muchas injusticias en Chihuahua; que la familia de los Vallina era la dueña de la empresa Bosques de Chihuahua; que esa empresa tenía acaparadas más de un millón de hectáreas de bosque; que los pueblos indígenas y los rancheros que vivían en la sierra desde el inicio de los tiempos de pronto se vieron como arrimados en su propia tierra. Que los campesinos habíamos intentado luchar por las buenas, con marchas, con mítines, con cartas al Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, con toma de tierras. Y que la respuesta del gobierno siempre era la misma: la cárcel, la tortura, la desaparición y la muerte. Que no teníamos otra alternativa más que la lucha armada. Que, si hubiera que morir, por lo menos que fuera de frente, mirando la cara del enemigo. Que alguien tenía que ponerle un alto a tanta canija injusticia. Que deberíamos estar a la altura de las circunstancias históricas. Algo por el estilo. No estoy muy seguro. Eso fue lo que a mí se me quedó bien grabado en la memoria como si fuera un leño de encino que le atizara al fuego de mis ganas de pelear. También recuerdo que alguien dijo, no sé quién, una

frase de José Martí: «Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz». Se nos ocurrió preguntarle en cuál libro la había leído. Nos aclaró que la escuchó en el radio, en un discurso de Fidel Castro. Nos reímos con unas carcajadas desolotadas.

Bueno pues, el asunto es que, al final de la reunión, Arturo decidió organizar el viaje a Ciudad Madera en cuatro grupos. El grupo que venía en el taxi de la Ciudad de México seguiría derechito hasta el pueblo de Guerrero. Por cierto, afuera de la casa seguía durmiendo el chofer en el asiento trasero del taxi, gracias a un menjurje que le había inyectado el doctor Pablo Gómez. Un segundo grupo viajaría rumbo a Arisiachi en un carro prestado. Un tercer grupo se treparía en un camión de pasajeros y recabaría información en Ciudad Madera. Por último, un grupo se quedaría en la ciudad, al mando de Óscar González Eguiarte; tenía como primera misión mantener prisionero al chofer del taxi hasta que recibiera nuevas indicaciones. Se pensaba que los primeros tres grupos se juntarían en Madera el 17 de septiembre. Éramos muchos en esa reunión, muy bravos, todos queríamos encender la mecha de la rebelión, aunque fuera con nuestra sangre. Estábamos hambrientos, trasnochados, con puras armas oxidadas, pero con hartas ganas de pelear.

3

LA LUNA EXHIBE su hermoso cuerpo desnudo. Un viento travieso desata las amarras del pecado. Allá, a lo lejos, los cerros copulan con las sombras de la noche. Un orgasmo de estrellas ilumina la penumbra.

El canto de los gallos se alimenta de los gemidos extasiados de la madrugada.

Por una rendija del universo, una claridad santurrona espía la orgía cósmica.

De pronto, aparece en el oriente un astro impetuoso escupiendo fuego. Las estrellas huyen despavoridas del cielo.

Ahora, una mancha gris y triste ensucia la claridad de la mañana.

En medio de una nube densa de neblina, al amanecer del 13 de septiembre de 1965, Miguel Quiñónez Pedroza llegó al pueblo de Tomóchic, montado en un caballo bayo. El entusiasmo se tragó a bocanadas los suspiros que dejó desparramados el rocío de la mañana. Tenía planeado reunirse con el profesor Vicente Rodríguez Quiroz para acudir juntos al pueblo de San Juanito a entregar la documentación de inicio de ciclo escolar y recoger los registros de asistencia, entre otros documentos. Un ladrido habitó el silencio. Por una ventana de la casa del maestro se apreciaba una luz tenue. Un olor a leña quemada merodeaba por el pueblo que aún dormía. Miguel Quiñónez había salido a las tres de la mañana de la comunidad de Arisiachi, en donde tenía más de un año

prestando sus servicios como profesor de educación primaria. Los sueños se tragaron una noche desentendida de las cosas del mundo. Al llegar a la escuela se apeó del caballo, amarró la rienda a la rama de un encino y se dirigió con paso lento hacia la casa del maestro. Dos toquidos en la puerta estremecieron el pecho de la montaña.

—¿Quién vive? —gritó con voz grave el profesor Vicente.

—Pues ¿quién ha de ser? Un coyote matrero —contestó en tono jocoso Miguel Quiñónez.

—Ah, qué caray. Ahora los coyotes andan tocando puertas.

—Ándale, ya sal de las cobijas que tenemos que ir a San Juanito —dijo Miguel Quiñónez mientras avanzaba sin prisa al interior de la casa del maestro—. Oye, Vicente, un café caliente no se le niega a nadie.

—Cómete unos tamales mientras ensillo el caballo.

Miguel Quiñónez sintió de pronto que un recuerdo de la infancia se le introdujo por el olfato y le acarició el alma. El ambiente de la casa le resultó familiar. La mesa de madera de pino, la estufa de leña, el trastero desgastado por el aliento del tiempo, el agujero en el techo y el rifle 30-30 colgado, amenazante, sobre un clavo en la pared. Era, algo así, como habitar con la nostalgia su casa materna allá en un pueblo olvidado en el estado de Durango. Miguel Quiñónez tomó del trastero un vaso de peltre. Con una cuchara que estaba sobre la mesa le rascó al frasco del café los últimos granos. Observó un azucarero vacío y triste. A última hora decidió verter un poco de agua caliente sobre el frasco. Disolvió con la

cuchara las horruras de café arrebatadas al olvido. Un trago de agua pintada le devolvió el alma al cuerpo. El frío de la madrugada recorría sus entrañas. Tomó de la estufa un tamal envuelto en hojas de maíz. Paladeó con calma el sabor del guisado de puerco en chile colorado. Las entrañas celebraron a gritos ese primer bocado después de un ayuno forzado de más de doce horas. La luz del día se coló, clandestina, por las rendijas de la puerta. Después de varios minutos, el profesor Vicente Rodríguez Quiroz ingresó de forma abrupta a la casa. Un aire de complicidad se respiró en el ambiente.

—¡Listo! ¡Ya está ensillado el caballo! Vamos a agarrar camino.

Los dos profesores partieron con rumbo al poblado de San Juanito, un asentamiento ubicado en el mero corazón de la sierra de Chihuahua. Una neblina espesa les siguió los pasos.

—Oye, Miguel, ¿qué has pensado, te vas a subir a la sierra con el grupo de Arturo Gámiz? —preguntó el profesor Vicente.

—Pues, la mera verdad, es que no estoy muy seguro. Es que tengo algunas cosas que resolver en Arisiachi, todavía sigue pendiente rescatar la resolución oficial de la fundación del ejido y delimitar bien el terreno. A eso agrégale que tengo un poco enferma a mi madre; nada más de imaginar que ya no la veré jamás me da un dolor aquí en el pecho —contestó Miguel Quiñónez con un suspiro perdido entre las nubes—. ¿Y tú qué has pensado?

—Yo fui muy claro con Arturo Gámiz en la Ciudad de México. Le dije que no me voy a subir a la sierra. Les

puedo ayudar con los mensajes y a conseguir víveres, pero voy a seguir en Tomóchic trabajando de maestro.

—Es que sí hay muchas injusticias. Ya ves, la compañía esa de Bosques de Chihuahua es dueña de más de un millón de hectáreas de bosque. Y, luego, los caciques que contratan para quitarle a la gente sus ranchos y su ganado. El gobierno, pues, nomás no resuelve nada. Protege a la empresa y a los caciques. Las peticiones de tierra ante el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización son puro papel muerto. Y la policía rural, la famosa acordada, nada más es una sarta de ladrones y violadores. Es que no hay pa dónde —dijo Miguel Quiñónez como si estuviera hablando consigo mismo tratando de salir de una encrucijada.

—Bueno, y cambiando de tema, ¿qué pasó con la muchacha esa del pueblo que traías de novia?

—Pues resulta que salió embarazada.

—¡Ah, jijos! ¡No me digas que vas a tener un hijo!

—¡No hombre! ¡Qué va! Resulta que es de otro. Yo jamás le faltaría el respeto a una muchacha. Tú lo sabes. Eso sí que me partió el alma. No sé si por enamorado o por pendejo. Así que ahí me tienes contándole a la luna mis tristezas.

—Será por las dos. Es que el amor es medio atarantado. No pues, ni qué decir.

Los rumores del bosque se acurrucaron en los recovecos del camino. Un cielo plomizo amenazaba, a punta de puros gritos, a unas nubes remolonas que se agazaparon detrás de los cerros. Desde entonces, algo raro sucedió en la sierra de Chihuahua porque una parvada de estorninos le empezó a seguir los pasos a Miguel

Quiñónez. Los profesores llegaron al pueblo de San Juanito ya pasado el mediodía. Se dirigieron de inmediato a las oficinas del supervisor de zona. El profesor Manuel Reynaldo Gaytán Méndez los esperaba con impaciencia.

—¿Qué pasó, muchachos? Me tenían con el alma en un hilo. Me mandaron decir que algo muy grande se estaba preparando en la Ciudad de México. Pensé que ya ni los volvería a ver.

—Lo que pasa es que nos juntamos en la capital. Arturo Gámiz dijo que había que prepararse para realizar una acción grande que el gobierno no pudiera ocultar, que se diera a conocer en todo el país. Se trata de iniciar la revolución, pues. Eso usted ya lo sabe —dijo a manera de informe el profesor Miguel Quiñónez.

—Bueno, pero ¿qué hicieron por aquellas tierras? —preguntó, intrigado, el profesor Reynaldo Gaytán.

—Entrenamos por un periodo de casi dos meses. Táctica y estrategia militar, arme y desarme de fusiles, formación política y esas cosas. El asunto es que, según Arturo, ya estamos listos, ya llegó la hora de la verdad —comentó el profesor Vicente.

—Oigan, ¿se van a sumar a la guerrilla de Arturo Gámiz? —preguntó, insistente, el profesor Reynaldo Gaytán.

—Yo, la verdad, nomás no me animé a subirme a la sierra. Yo les voy a ayudar en lo que pueda. Ni modo. Así están las cosas —aclaró con un tono vehemente el profesor Vicente.

—Pues yo todavía no me decido. La estoy pensando. Por lo pronto, me mandaron por delante para el pueblo

de Arisiachi para que reciba a los compas que vienen del Mineral de Dolores con el armamento. Ahí va a ser el punto de reunión —agregó el profesor Miguel Quiñónez con tono compungido.

—¡Ah, qué caray! Pues, no queda otra más que esperar. Vamos a ver qué indicaciones nos da Arturo. ¿Qué más? —agregó a manera de conclusión el profesor Reynaldo Gaytán Méndez.

El sol se fue arrinconando detrás de los cerros. Las sombras alargaron sus patas flacas como si estuvieran tejidas con puro viento. El bosque se llenó la panza de oscuridad. Los dos profesores regresaron esa misma tarde al poblado de Tomóchic. Antes de emprender el regreso, pasaron a la oficina de correos a dejar una carta dirigida a la madre de Miguel Quiñónez. Los suspiros de la montaña les acariciaron los sueños.

El 14 de septiembre, con la llegada del nuevo día, se levantó el profesor Vicente Rodríguez Quiroz. Salió corriendo de la casa del maestro. Buscó con la mirada a Miguel Quiñónez por el patio de la escuela. Se quería despedir de su compañero. Junto al cerco se encontró una gabardina de color verde. Seguramente se le había caído a Miguel Quiñónez del caballo. Una parvada de estorninos emprendió el vuelo. Las aves se perdieron debajo de la falda de la montaña. Un olor como a cementerio recorrió esa mañana las calles del pueblo. El profesor Vicente nunca más volvió a ver a su amigo querido.

4

FUE YA PARA AMANECER el 16 de septiembre de 1965 que salimos de la ciudad de Chihuahua con rumbo al poblado de Guerrero. Lo primerito que hicimos fue ponernos ropa de trabajo; un pantalón de mezclilla, unas botas de montaña y una buena chamarra. Lo que pasa es que los estudiantes traiban mocasines y camisas de licenciado, ¿tú crees? El plan era salir esa misma noche de Chihuahua para ver si ya para el día 17 nos juntábamos en Madera. Ahí mero, Arturo repartió las armas que hasta ese momento teníamos y que, al final de cuentas, fue con las únicas que nos quedamos.

Se formaron cuatro grupos. Ahora verán, dejen me acuerdo de quiénes éramos. Un primer grupo estaba formado por seis personas: Arturo Gámiz, Salomón Gaytán, el doctor Pablo Gómez, Óscar Sandoval, Lupito y Toño Scobell. Sí, esos meros. Estos compañeros se fueron en el carro que ya traían de por allá de Torreón.

Antes de irse, Arturo me nombró el responsable para que llevara al segundo grupo hasta las cercanías del poblado de Santa Rosa de Arisiachi. Este segundo grupo era de siete personas, según recuerdo. Ahora verás, ahí voy. Éramos Rafael Martínez, Florencio Lugo, Paco Ornelas, Emilio Gámiz, José Juan Fernández y yo, Ramón Mendoza, su servidor. ¡Ah! Me falta Saúl Ornelas, el hermano de Paco. Es que éste se nos despegó en Guerrero. Ahí les cuento más adelantito lo que pasó. Ahora sí ya me salen bien las cuentas.

El tercer grupo tenía la tarea de adelantarse a Ciudad Madera y recabar información sobre cuántos soldados estaban acuartelados, dónde se localizaba el banco y la estación de radio. Este grupo estaba formado por Pedro Uranga, Juan Fernández, Salvador Infante y un tal Jesús Valdivia, que, según creo, era un campesino de por allá de Guanajuato. También eran parte de este grupo otros dos pelados que recalaron de la Ciudad de México, pero nunca averigüé sus nombres verdaderos y nomás no recuerdo sus nombres prestados.

Un cuarto grupo era la mentada brigada urbana, los que habrían de luchar en la ciudad y continuar la lucha en caso de que los jefes cayeran en combate. Óscar González Eguiarte estaba a cargo de los urbanos. También Hildebrando Gaytán formaba parte de este grupo. Recuerdo que este compa era muy estudiado, era como el apoyo intelectual de Arturo. Aquí también quedaron las mujeres: Guadalupe Jacott, Paquita y Margarita Urías, y Lola, la hermana de Arturo Gámiz.

Arturo me dijo que Fernando Hernández andaba consiguiendo un carro. Si por alguna razón no salía bien el plan, que nos juyéramos para afuerita de la ciudad y que en alguna gasolinera nos hiciéramos a la mala de un transporte. Nos advirtió que tuviéramos mucho cuidado para que la policía no descubriera el enjuague antes de tiempo. Bueno pues, el asunto es que a última hora llegó Fernando con el carro. Era uno de esos grandotes, un *Chevrolet Impala* o no sé qué. Es que éramos muchos porque Fernando se fue de chofer. El objetivo era encontrarnos con el grupo de Arturo Gámiz en el poblado de

Guerrero, por el camino que va para Arisiachi, en punto de las doce de la noche del 16 de septiembre.

Había como un olor a jocoque rancio que nos seguía a todas partes. El cielo estaba pardo como si anduviera revolcado. Un airecito, así como de lluvia, andaba envalentonado, pero nomás no soltaba ni una sola gota de agua. Salimos por ahí de las cinco de la mañana. Recuerdo que era un relajo. Según esto, a nadie se le podía decir por su nombre verdadero, había que usar uno prestado, disque para proteger la identidad y no sé qué cosas. Bueno pues, resulta que todos nos conocíamos, algunos desde que éramos unos chiquillos. Yo crecí al lado de la familia de los Gaytán y los Scobell. Juntos aprendimos a andar por la vida, a labrar la tierra y a lidiar con los animales. Tú crees. Pues, no había cómo no llamarnos por nuestros nombres. Así que entre nombres propios y nombres prestados ya nadie sabía quién era quién ni cómo se llamaba. Yo nunca supe, bien a bien, si Matías era el nombre prestado de José Juan Fernández o al revés.

Bueno pues, para terminar de enredar las cosas nos perdimos en el poblado de Guerrero. Nomás no dimos con el camino que va para Arisiachi. Preguntamos por aquí y por allá, y nadie nos dio razón de una cosa cierta. Unos señalaban un rumbo, y otros nos mandaban pa otro lado. Al final descubrimos que hay varios caminos y muchos atajos para llegar a Santa Rosa de Arisiachi.

En un recoveco del camino, alejado de las casas, escondimos las mochilas y ahí mismo preparamos comida y almorzamos. Ahí tienes que cocinamos carne con papas; no se sabe a quién se le ocurrió echar unas chuletas

de lonche, como si no hubiera rehartas vacas en el monte. Mandamos a Fernando a cargar gasolina al pueblo de Guerrero. Cuando regresó, tapamos el carrote ese con ramas de pino y nos metimos al monte para no despertar sospechas. Yo pensé para mis adentros que todos esos remilgos eran inútiles, si ya medio pueblo sabía de nuestra presencia. ¡Ah, qué cosas!

Ya cuando se anocheció, Emilio Gámiz, Florencio Lugo y yo nos arrancamos a pura pata a buscar al otro grupo. Llegamos al puente que nos señalaron. Esperamos hasta muy pasada la medianoche. Nada ni nadie se hizo presente por esos rumbos. Ni los coyotes nos encontraron con sus aullidos. Después pensamos: «Hay tantos puentes a la salida de Guerrero y tantos atajos para llegar al poblado de Arisiachi que ya nos hicimos bola». ¿Qué más? Ya cuando la noche tenía bien cobijada la espalda de la montaña nos regresamos a buscar a los demás compañeros. Para ese momento era 17 de septiembre.

Al amanecer, ya con el sol jincado en las enancas del nuevo día, se decidió que Saúl Ornelas se fuera con rumbo al poblado de Madera. Era importante avisarle al grupo que fue a recabar información de que nos esperaran. Este compañero no era conocido por el gobierno, así que nadie corría peligro. No sabemos qué fue lo que pasó, pero ese fulano se acobardó y nunca llegó a Ciudad Madera o nomás se arrimó y se devolvió a la ciudad de Chihuahua, el diablo sabrá. El asunto es que nadie fue a encontrarse con los compañeros que se adelantaron para recabar información. La cita era el 17 de septiembre, por la noche, en el Presón de Golondrinas.

Acordamos que Florencio Lugo y yo nos acercaríamos a la comunidad de Arisiachi para buscar a Miguel Quiñónez. Queríamos averiguar qué había pasado con los demás compañeros. Salimos como a las diez de la mañana de un 17 de septiembre con rumbo al valle de Arisiachi. Recuerdo que ese día el cielo estaba despejado. Florencio Lugo era muy buen caminador. Ya tenía más de un año remontado en la sierra con el grupo de Arturo Gámiz. Pa qué es más que la verdá, este compañero estaba muy curtido en las cosas de la guerrilla. No parecía que fuera de la ciudad. Con decirles que caminamos tan rápido que hasta me cansó el paso. Así nomás. Y eso que yo ya soy gallo jugado en eso de recorrer a pura pata las veredas del monte.

Llegamos a Santa Rosa de Arisiachi por ahí cerca de las ocho de la noche. Nos hicimos presentes en el rancho de don Trini, un paisano muy derecho, que participaba en el movimiento campesino desde los tiempos en los que Álvaro Ríos y Francisco Márquez andaban organizando marchas y tomando tierras. Le pedimos prestada una remuda de mulas a don Trini para ir por las mochilas y los demás compañeros que se quedaron en el poblado de Guerrero. Nos dieron un taco y un trago de café. Descansamos un poco y, a lomo de mula ensillada, emprendimos el camino de regreso. Ya verán lo contentos que se pusieron los muchachos cuando nos vieron regresar, muy orondos, arriando una manada de mulas rejegas.

Nos echamos un sueño por la mañana. Ya un poco descansados, un 18 de septiembre salimos por la tarde, todos juntos, de nuevo con rumbo a Santa Rosa de

Arisiachi. El que venía de chofer, Fernando Hernández, se devolvió a la ciudad de Chihuahua porque tenía que entregar el *Impala* ese en el que llegamos al poblado de Guerrero. Caminamos toda la noche por las veredas del monte. Los muchachos marchaban a las tontas en medio del bosque. Más de dos veces nos vimos en la necesidad de hacer un alto y contarnos de nuevo porque algún despistado se perdió en el camino.

Ya para el 19 de septiembre, cerca del amanecer, hicimos un alto en la cima de un risco. Santa Rosa nos quedaba ahí nomás cruzando la loma. Como los muchachos andaban muy traqueteados y no daban un paso más, mandamos a la casa de don Trini a un campesino para que fuera a buscar razón de los compañeros. Cuál va siendo nuestra sorpresa que, a las pocas horas, cuando el sol ya estaba sentado sobre las montañas acicalándose los cabellos, llegó ahí a la loma, muerto de risa, Lupito Scobell.

—Pensamos que ya se habían desbarrancado las mulas nomás del puro miedo —gritó alegre Lupito Scobell al vernos.

—Nomás andan un poco desvencijadas del cogote por tanta carga —contesté a manera de saludo.

5

TRECE GUERRILLEROS, al final de cuentas, se reunieron en el rancho de don Trini; el cual se encontraba en las cercanías del pueblo de Santa Rosa de Arisiachi. El último en sumarse a este contingente de insurrectos fue Miguel Quiñónez Pedroza. Mandaron a buscarlo al ejido de Arisiachi, donde prestaba sus servicios como profesor de educación primaria. Aunque no estaba enterado bien a bien de qué se trataba el asunto, no tuvo el valor o no supo cómo negarse a la invitación que le realizó Arturo Gámiz para iniciar de una buena vez la revolución.

Decidieron esperar otro día más a Juan Antonio y Salvador Gaytán que deberían llegar con información sobre lo que estaba pasando en la sierra y con lo mejor de las armas que habían acumulado a lo largo de un año de enfrentamientos con las fuerzas del gobierno. En una cueva cercana al poblado del Mineral de Dolores habían escondido un montón de fusiles M-1 y varias cajas con balas. Los compañeros tenían como límite el 19 de septiembre para llegar con las armas al punto de encuentro. La impaciencia se tragó al silencio, se tragó al tiempo de espera y se tragó un costal repleto de nervios. Un viento malhora se llevó la poca cordura que merodeaba alrededor de los jóvenes insurrectos.

—Pues ni modo. No llegaron los compañeros. Si los atrapó el ejército, de seguro los torturaron y ya vienen por nosotros. Ya no queda de otra: atacamos o esperamos a que nos ataquen los soldaditos. Ustedes dicen

—comentó Arturo Gámiz con la decisión jincada en el cogote.

El 21 de septiembre de 1965, como a las siete de la tarde, el grupo de trece guerrilleros partió de las cercanías del poblado de Santa Rosa de Arisiachi con rumbo a Ciudad Madera. Consiguieron un par de mulas para cargar el equipaje y un guía para que los acercara a la ranchería de Cocomórachic. Caminaron sobre la noche en completo silencio, como si fueran el humo negro de una fogata. El aullido de los coyotes les cuidó los pasos. Después de una jornada de más de diez horas de caminata, instalaron un campamento cerca de las primeras casas que lograron avistar.

—Oye, compadre, si seguimos a este paso, vamos a llegar derrotados a Ciudad Madera, ¿no crees? —comentó Lupito Scobell en tono irónico.

—Ah, qué carajo. Pues, yo soy de la idea de que asaltemos uno de esos camiones troceros que van con rumbo a la sierra. ¿Cómo ven? —propuso Salomón Gaytán—. Para llegar más rápido y para juyirnos después del golpe.

La madrugada se robó el aliento de los guerrilleros. El bosque les obsequió un cálido abrazo. La hojarasca de los pinos se tragó los gritos del silencio. Los jóvenes insurrectos levantaron el campamento y se dirigieron, sigilosos, al camino que va con rumbo a Matachic. Se trazó una estrategia para hacerse de un transporte. Pablo Gómez y Ramón Mendoza salieron a la orilla del camino a pedir ayuda a los camiones troceros que, a esa hora de la madrugada, empezaban a circular. Los demás se escondieron en una enramada. El grupo se concentró en un lugar que le nombran: Loma Alta. Pasaron

algunos camiones con más de un conductor en cabina. Se hicieron pasar por inspectores forestales y detuvieron un vehículo de transporte donde viajaba una familia entera con rumbo a Pinos Altos. Lo dejaron libre. Vieron con alegría que el segundo camión que detuvieron estaba conducido por una sola persona.

—¡Hey amigo! ¿pa dónde la lleva? —gritó Ramón Mendoza cuando se detuvo el camión a la orilla del camino.

—Voy para Matachic. ¿Ustedes qué rumbo llevan? —preguntó el chofer del camión.

—Para allá mismo vamos.

—¡Súbanse! Les doy un aventón.

Al diablo se le vio la cola. Qué cosas. En cuanto los dos pasajeros extraños se subieron al camión trocero, el chofer pudo percibir que portaban armas. Un ángel que pasó volando por ahí cerca les robó las palabras. Pasaron un par de minutos y Ramón Mendoza rompió el silencio:

—¿Sabe qué? ¡Párese ahí mero, al lado de esa enramada!

El chofer obedeció en completo silencio. De la mera boca de la noche salieron de pronto once personas cargando mochilas y armas oxidadas. Se subieron a la plataforma del camión con tanta confianza como si ya lo tuvieran acordado.

—Ora sí. ¡Vámonos que pa luego es tarde! —indicó Ramón Mendoza en tono imperativo.

Los ruidos de la noche se les vinieron encima. El canto de los gallos se le trepó a la madrugada. El rocío de la mañana empezó a acariciarle la espalda a la

montaña. Ramón Mendoza se sentó entre el chofer y Pablo Gómez. Después de quince minutos con los nervios a tope, el chofer rompió el silencio:

—Oiga, ¿sabe qué? Como que se me hace cara conocida.

—¡Ah, sí! —contestó Ramón Mendoza viendo de frente el rostro del chofer—. Fíjese que a mí también. Como que ya nos conocemos de alguna parte.

—Soy José. ¿No te acuerdas de mí? Soy José Lozano García. Jugábamos de chamacos allí en el pueblo de Tres Ojitos. Nosotros vivíamos mero enfrentito de tu casa. Ahí nos la manteníamos en los corrales, jineteando a los becerros.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Es que hace tanto tiempo —contestó Ramón Mendoza en un tono de familiaridad—. Y, luego, ¿qué fue de ustedes? De pronto desaparecieron del rancho.

—Es que nos fuimos a vivir a Cocomórachic. Mi apá se metió a trabajar en eso de la Madera. Así son las cosas de la vida. ¿Tú qué cuentas? —preguntó más tranquilo el chofer del camión.

—No pues, ¿qué te puedo decir? Aquí nomás arriando con las canijas injusticias. ¿Qué más?

Un aire de confianza como que se empezó a sentir en el ambiente. Un montón de risas y carcajadas le empezaron a hacer cosquillas al nuevo día. Al llegar al poblado de Matachic, el chofer del camión interrumpió el vaivén del silencio:

—Y, luego, ¿en dónde mero los dejo?

—No pues, es que vas a Ciudad Madera —contestó en un tono firme Ramón Mendoza.

—Es que voy a un viaje. Yo de aquí me voy pa la sierra.

—¡No! ¡Vas para Ciudad Madera! ¡Yo sé lo que te digo! —insistió con un tono enérgico Ramón Mendoza al mismo tiempo que desenfundó la pistola de la cintura y se la puso entre las piernas.

Una risa transparente, bañada con luz de luna, fue a dibujarse en el rostro de Pablo Gómez. La noche que ya se iba, les dio un abrazo de despedida. Ahora le tocó el turno al doctor Gómez de montarse en las enancas de la palabra:

—Mira, muchacho, nos vas a llevar a Ciudad Madera, pero tú le vas a decir a tu patrón que te obligamos. No le vayas a decir que fuiste por tu voluntad. Ya sabes: si alguien te pregunta, quien sea, tú dices que nosotros te obligamos, los guerrilleros, que nosotros te llevamos a la fuerza. Tu patrón te tiene que pagar tus honorarios, hasta eso. Y, si no, venimos y se los cobramos, ya verás. Ya basta de que nos estén explotando. Nosotros, los pobres, trabajamos todo el santo día y vivimos en la miseria. En cambio, los patrones no hacen nada y, mira nada más, viven en medio de las comodidades. ¿Se te hace justo eso? Pues, está del carajo. Por eso estamos luchando.

Un hilo de complicidad les fue atando poco a poquito el canijo destino. Fue para un 22 de septiembre de 1965, al amanecer, cuando los guerrilleros llegaron a Ciudad Madera. Realizaron una parada en un lugar que le nombran: El Presón de Golondrinas. El objetivo era buscar algún rastro o señal del grupo de compañeros que se habían adelantado para recabar información. La cita era

justo en ese lugar, en la noche del 17 de septiembre. A esas alturas los compañeros se habían regresado a la ciudad de Chihuahua. Tampoco encontraron ningún rastro de Saúl Ornelas, el compañero que mandaron desde el poblado de Guerrero para que les diera el mensaje de que ya venían los demás en camino. Se les cuatrapearon los planes o los doblegó la cobardía. El diablo sabrá. Bueno, el asunto es que nomás no lograron localizar ni siquiera a una pobre alma en pena deambulando por el monte.

Fueron a buscar a un amigo de Toño Scobell de nombre Armando Aguilar. Su casa se localizaba justo frente al cuartel. Querían recabar algo de información sobre la cantidad de soldados acuartelados. Mandaron a los hermanos Scobell a buscar alguna razón sobre el tal Armando Aguilar. Al final de cuentas, no les pareció prudente llegar a la casa del amigo porque, a esa hora de la mañana, un piquete de soldados andaba realizando una ronda por el lugar. Observaron, a la distancia, un pelotón de soldados que ingresó al cuartel. No se pudo obtener más información sobre los movimientos del enemigo.

Se dieron una vuelta por la ciudad. Localizaron la antena de radio, la casa del presidente municipal, la comandancia de policía y el banco del gobierno. No observaron ningún movimiento extraño. Esperaron a que abrieran la tienda de abarrotes. Compraron despensa para varios días: harina, royal, manteca de puerco, huevos de gallina, carne seca y hasta una buena dotación de frutas y verduras. Aprovecharon para hacerse de un par

de pantalones de mezclilla, ya que el frío de la sierra no estaba para andar con remilgos.

Con un maremoto de acontecimientos en contra, se regresaron a los montes que se encuentran alrededor de El Presón de Golondrinas. Estacionaron el camión trocero debajo de una enramada. El chofer y dos personas más cubrieron el vehículo con unas ramas de pino. Nombraron a Ramón Mendoza para que cubriera la primera ronda de una posta a la orilla del camino. Las indicaciones eran terminantes: «Si se acerca una persona extraña lo retiras del lugar o le cierras la boca para siempre». Ese día, por fortuna, a ningún lugareño le dio por visitar la floresta del bosque.

El cielo estaba color pardo, compungido por el dolor de una desgracia ajena. Las nubes soltaban sin querer unas cuantas lágrimas de pura tristeza. Una brisa que bajó de la montaña andaba en busca de unos suspiros extraviados. En un santiamén prendieron una fogata. Instalaron un comal y un sartén para cocinar el almuerzo. Salomón Gaytán Aguirre se puso a preparar masa para cocer unas tortillas de harina. Toño Scobell se adelantó a preparar el café en una olla grande. Por su parte, Lupito Scobell en otro comal cocinaba huevo con machaca. Comieron hasta que la panza pidió un poco de clemencia. Luego, enterraron las brasas, limpiaron los utensilios de cocina y se refugiaron debajo de un pino a desquitarse de los estragos de la desvelada. Como a las once de la mañana, se comisionó a Óscar Sandoval Salinas para que fuera a Ciudad Madera a recabar información sobre los movimientos en el cuartel. Una vez

repuestos del sueño perdido, como a las dos de la tarde, prepararon de nuevo comida.

Óscar Sandoval, por su parte, llegó a Ciudad Madera y se acomodó debajo de un vagón del ferrocarril que se encontraba inmóvil justo frente a las barracas de los soldados. Se quedó dormido un par de horas. Después se fue a merodear por los alrededores del cuartel y les sacó información a varios vecinos.

A las cuatro de la tarde, los nervios empezaron a hacer de las suyas en el interior del cuerpo de Arturo Gámiz. Ya para las seis de la tarde, de plano, la impaciencia se dispuso a tragarse los sueños. Arturo Gámiz ordenó que sacaran el camión trocero para que fueran en busca de Óscar Sandoval. En esta comisión se apuntaron de nuevo Ramón Mendoza y Pablo Gómez. Cuando el camión se disponía a tomar el camino que va a Ciudad Madera, escucharon a Óscar Sandoval que venía, desbordado de alegría, silbando una canción ranchera. Óscar Sandoval informó que había visto entrar y salir del cuartel como a unos treinta o cuarenta soldados. Escuchó a unos señores platicar que los uniformados se estaban preparando para la guerra. Según parece, unos días atrás, habían salido un montón de pelones con rumbo a la sierra en busca de los guerrilleros. Y, en el estadio de béisbol estaba acampada una compañía de infantería como de unos ciento veinte elementos que habían llegado en tren desde Ciudad Juárez, allá en la frontera. La información no era muy halagüeña que digamos. Hasta la noche se puso triste nomás de pensar en tanta oscuridad. El cielo empezó a llorar lágrimas de sal.

Eran cerca de las nueve de la noche de un 22 de septiembre de 1965 cuando se juntaron los trece guerrilleros a realizar, bajo la complicidad de una estrella extraviada en un rincón del cielo, el último balance de la situación. Después del informe que proporcionó Óscar Sandoval Salinas, un hilo de silencio les amordazó la boca. Fue Pablo Gómez el primero que se dispuso a tomar la palabra:

—Tal parece que la cosa está del carajo. Salvador y Juan Antonio Gaytán nunca llegaron con las armas, la comisión que tenía que recabar información brilla por su ausencia, no sabemos a ciencia cierta con cuántos soldados nos vamos a enfrentar, y contamos con puros rifles viejos y oxidados. Propongo que sólo hagamos una pequeña escaramuza y nos subamos de inmediato a la sierra. Allá, en nuestro terreno, y con la ayuda de los campesinos, enfrentamos en mejores condiciones a los soldados.

Un silencio incómodo se hizo presente. Sin levantar la voz y con el alma tocando los linderos de la inmortalidad, tomó la palabra Arturo Gámiz:

—Miren, el asunto está muy claro. Los compañeros que venían con las mejores armas nomás no llegaron en la fecha y el punto acordado. Y los que venían por información no sabemos dónde se habrán metido. Pero una cosa sí es seguro, a estas horas alguien abrió la boca y los soldaditos ya vienen por nosotros. Si atacamos o no atacamos el cuartel, el gobierno, de cualquier manera, nos va a dar infierno. Nos van a perseguir, nos van a capturar, nos van a torturar hasta más allá de la muerte. Así

que no queda de otra: atacamos ahora o nos van a cazar como a viles conejos. Ustedes dicen.

—Piénsenla bien, compañeros. No vayamos a fracasar. Yo soy de la misma opinión que el doctor Pablo Gómez. Mejor una pequeña escaramuza y nos trepamos a la sierra. Ya verán que al rato se levantan los campesinos, así como sucedió en Cuba —argumentó el profesor Miguel Quiñónez Pedroza.

—Pues yo digo que la cosa está fácil —intervino de forma intrépida Óscar Sandoval Salinas—. No son más de cuarenta soldaditos arrinconados en el cuartel. Recuerden que un guerrillero vale por diez soldados. Si sacan cuentas hasta salimos sobrando.

—Bueno, pero recuerden a la compañía de soldados que está acampada en el estadio. Eso juega en nuestra contra —agregó, titubeando, Ramón Mendoza.

—¡Ah!, ¡qué caray! ¿A poco ya estás rajando leña, Ramón? —comentó en un tono burlón Lupito Scobell.

—No va por ahí. Yo sólo pongo las cosas en claro. Qué más —contestó, desafiante, Ramón Mendoza.

—Yo la verdad pienso que vamos derechito al matadero. Traemos puros rifles viejos que no sirven ni para cazar pajaritos. Nos van a derrotar. Mejor vámonos para la sierra, hombre, como propone el doctor. Más vale decir aquí corrió que aquí cayó —agregó, arrepentido, José Juan Fernández.

—¡No, señor! ¡Aquí no se derrota a nadie! Aunque nos maten, estamos condenados a triunfar. Esto será el inicio de la revolución. Otras manos valientes seguirán nuestra lucha. Con nuestra sangre regaremos los campos de la libertad. Ya no es momento para arrepentirse. Si

alguien de plano nomás no le quería entrar tenía que decirlo en la Ciudad de México. Ahora sólo queda prender la mecha —arengó con voz pausada Arturo Gámiz.

Un silencio incómodo empezó a enredarles los argumentos al grupo de guerrilleros.

—Tiene razón Arturo, ya no es momento para arrepentirse. Además, tenemos de nuestro lado el factor sorpresa. La historia nos tiene reservado un rinconcito en la inmortalidad —agregó Pablo Gómez con la mirada perdida en la oscuridad del cielo.

El tiempo, inoportuno, detuvo sus pasos para escuchar la conversación de los jóvenes guerrilleros. La noche, por un momento, se llenó de estrellas pensando que así ayudaría a ver con más claridad al grupo de insurrectos. Un pedacito de luna se asomó por una rendija del cielo, mostrando de forma discreta el hermoso contorno de su cuerpo bajo un vestido transparente. Arturo Gámiz, Salomón Gaytán y Pablo Gómez, los líderes del grupo, se dieron un tiempo a solas para elaborar el plan de ataque. Después de media hora, Arturo Gámiz reunió de nuevo al grupo y repartió un croquis en una hoja de papel. Miguel Quiñónez quiso agregar unas breves palabras:

—Compañeros, yo lo único que les pido es que, si me llegan a matar en el ataque, que me entierren en Arisiachi.

—Yo soy de la idea de que dejemos fuera de la línea de combate a José Juan Fernández, ya que no está de acuerdo con el ataque, y a Paco Ornelas porque aún está muy chamaco y tiene poca experiencia. José Juan que se quede con el chofer a cuidar el camión en la antena de

radio. Y Paco Ornelas que se parapete en la casa de Pacheco a cuidar la retaguardia —comentó Pablo Gómez.

—Pero, al que tenemos que sacar de la línea de combate es a usted doctor. ¿Qué va a pasar si hay heridos? ¿Quién los va a curar? —intervino, preocupado, Salomón Gaytán.

—¡No, yo debo estar en el combate! Y si me toca, me toca. A eso venimos, ¿o no? ¿Quién dice que no venimos a pelear? ¿Quién tiene miedo? Pues, nadie. Todos venimos a lo mismo. ¿Quién va a tener miedo? Si alguien tuviera miedo, no habría venido. ¡Así que, a darle, la historia nos está esperando! —dijo con entusiasmo Pablo Gómez.

Arturo Gámiz, con un pedazo de inmortalidad atragantado en la garganta, agregó unas últimas palabras al plan de ataque:

—Compañeros, el 23 de septiembre de 1965 será un día muy grande e importante para nuestra patria. De aquí en adelante surgirán elementos muy valiosos. Si algún compañero llega a caer en combate, este pueblo llevará su nombre. Y si algún compañero llega a quedar herido, daremos la vida para salvarlo.

Un silencio arrogante se tragó a la noche.

—¡Ah! Sólo quiero agregar algo más. Es un honor luchar al lado de ustedes —dijo Arturo Gámiz ya con un pie tocando las puertas del cielo.

La noche se cubre de luto. El cielo se sumerge despacio en un mar de estrellas. El viento, agazapado detrás de los cerros, espera el amanecer. Las nubes resguardan con celo un gran secreto.

6

YO NO SOY NADIE. Es más, casi nadie me conoce, pero yo tengo algo que contar en esta historia. Mi nombre es Salvador Infante. Mi nombre inventado para la organización era Juan Águila. El asunto es que yo no soy del estado de Chihuahua, pero, de pronto, me vi involucrado en los preparativos para el asalto al cuartel en Ciudad Madera. Conocí a Álvaro Ríos, Arturo Gámiz, al doctor Pablo Gómez, a su hermano el profesor Raúl Gómez y a Óscar González Eguiarte en la Unión General de Obreros y Campesinos de México, la llamada UGOCM, que era una organización que formaba parte del Partido Popular Socialista. Yo los veía como dirigentes muy valientes y decididos del movimiento campesino en el norte del país. Como el gobierno era muy represivo por ese entonces, la lucha pacífica se fue agotando. A las marchas, a los mítines, a las tomas de tierra, a las manifestaciones pacíficas, el gobierno respondía con la represión, la cárcel, la tortura y la muerte. Así fue como el grupo de Arturo Gámiz se fue radicalizando golpe tras golpe, hasta que se planteó, ya de plano, que la lucha sería contra el capitalismo y que el medio más efectivo eran las armas. Álvaro Ríos y el profesor Raúl Gómez decidieron continuar en el movimiento campesino, luchando de forma pacífica.

El grupo de Arturo Gámiz, después de ajusticiar a un cacique de la familia Ibarra, se subió a la sierra y durante más de un año enfrentaron a los enviados del gobierno. El problema fue que los medios de información

minimizaron las acciones que habían emprendido los guerrilleros. Los tacharon de gavilleros, robavacas, asaltantes y asesinos. Para el verano de 1965, Arturo decidió concentrar a todos los miembros de la organización en la Ciudad de México y preparar un golpe grande que el gobierno no pudiera censurar. Este sería, según Arturo, el inicio de la revolución. Así fue como de pronto me incorporé al grupo guerrillero que encabezó Arturo Gámiz.

Jesús Valdivia y yo salimos de la Ciudad de México un 8 de septiembre de 1965 con destino al estado de Chihuahua. Recuerdo que duramos como cuatro días en llegar; es que nos fuimos en el tren, con unos boletos de tercera clase, es decir, en los últimos vagones atestados de cerdos y gallinas. Llegamos a la ciudad de Chihuahua al anochecer del 12 de septiembre. Ya nos estaban esperando. Fueron a recibirnos a la estación del ferrocarril la compañera Guadalupe Jacott, Óscar González Eguiarte, Pedro Uranga y Juan Fernández. Recuerdo una ciudad triste, ausente de calor humano, condenada a la soledad.

De ahí de la estación del ferrocarril nos fuimos caminando a la casa de Pedro Uranga. A medio camino nos detuvo una patrulla de policía. Nosotros portábamos armas y un cajón de madera, forrado de láminas de aluminio, donde transportábamos cartuchos de dinamita. Según esto, nosotros éramos parte del batallón de artillería, los expertos en explosivos. Es que desde pequeños trabajamos en algunas de las minas ubicadas en la región de El Bajío. Recuerdo que Pedro Uranga y Juan Fernández por poco y se desmayan del puro susto. Es que a

leguas se notaba que eran niños bien cuidados, catrines, con familias de abolengo y toda la cosa. La verdad es que fue la compañera Guadalupe Jacott la que se portó con mucha valentía. Alegó que éramos estudiantes, que veníamos de la Ciudad de México y que nos llevaban al internado de la Escuela Normal, en donde estudian los maestros. La compañera contestó con tanta seguridad que los policías nos dejaron libres. Sudamos frío. Ahí se vio quién era quién.

Nos quedamos en el cuarto de servicio de la casa donde vivían Pedro Uranga y Paquita Urías. Ahí conocimos a Margarita Urías, hermana de Paquita, una chamaca que todavía era menor de edad, pero que se portó muy amable con nosotros. El cuartito ese se ubicaba en el patio de la casa. Estaba en el segundo piso. Se entraba por la parte trasera. Tenía una de esas escaleras pequeñas de caracol, hechas de puro hierro. Ahí se imprimía una revista clandestina y unos cuadernillos donde se difundía el programa de lucha, los acuerdos del Segundo Encuentro en la sierra, llamado Heraclio Bernal. El material se imprimía en un mimeógrafo viejo. Los compañeros eran tan nuevos en esta tarea que las hojas quedaban manchadas de tinta con las huellas digitales de todo el grupo. Aprovechamos esos días para comprar en las segundas unos tubos galvanizados y fabricar unos bombillos caseros de dinamita.

Recuerdo que el 15 de septiembre de 1965, por la noche, llegó a la ciudad de Chihuahua, en un taxi secuestrado, el último grupo de guerrilleros. Ese día se celebraba el grito de independencia. Había mucho alboroto en la ciudad. Nos reunimos más de veinte personas en la

casa de Pedro Uranga y Paquita Urías. En ese encuentro, Arturo Gámiz formó un grupo para que se adelantara a Ciudad Madera y recabara información. Ese grupo estaba formado por el compañero Jesús Valdivia y yo, Pedro Uranga, Juan Fernández y otros dos compañeros que también recalaron de la Ciudad de México. La tarea era recabar información sobre los movimientos y la cantidad de soldados acuartelados. Era importante localizar la estación de radio, el banco rural, la comandancia de policía y la presidencia municipal.

Al día siguiente, por la mañana, salimos en un camión de pasajeros. Se supone que teníamos como punto de encuentro un lugar a las afueras de la ciudad, llamado El Presón de Golondrinas. La cita con la historia era un 17 de septiembre por la noche.

Bueno, pues nos fuimos en el mismo camión, pero de dos en dos, como si nadie conociera a nadie. Llegamos a Ciudad Madera pasado el mediodía. Tan pronto como pusimos un pie en el suelo fuimos a rentar una habitación en un hotelito ubicado cerca de la plaza principal. Nos dividimos en tres equipos y cada uno fue por su lado a buscar información.

Ya noche, sin que nadie nos viera, nos juntamos para realizar un balance de la situación. Al día siguiente, después de recorrer diferentes puntos de la población, caminamos con rumbo a El Presón de Golondrinas. Ahí esperamos a que se metiera el sol. Caminamos por los alrededores silbando canciones alegres y haciendo ruido para ver si localizábamos a los demás compañeros que venían a buscarnos. Así la pasamos toda la santa noche, caminando y meando para no hacer charco, como luego

dicen. Ya para el amanecer del día 18, al ver que no llegó nadie a la cita, nos fuimos al hotel a darnos un baño con agua caliente y recuperar un poco de sueño.

Nos despertamos como para eso de las dos o tres de la tarde. Ya pardeando el día, nos reunimos de nuevo en El Presón de Golondrinas. Pues resulta que Pedro Uranga y Juan Fernández se presentaron con la novedad de que unos soldados les andaban siguiendo los pasos. Estaban muy espantados los curros. En vista de las circunstancias, decidimos no volver al hotel. Así que caminamos toda la noche buscando el rastro de algún muerto rebelde o no sé qué.

Cuando nos venció el sueño, instalamos un pequeño campamento en el recoveco de un arroyo. Pedro Uranga y Juan Fernández se estaban muriendo de frío. Propusieron que nos devolviéramos a la ciudad de Chihuahua. Nosotros les dijimos que era necesario esperar un poco más a los compañeros que, al fin y al cabo, a eso íbamos, a subirnos de guerrilleros a la sierra.

Anduvimos explorando la ciudad otros dos días. Los maizales estaban en flor, así que comimos elotes tatemados. A esas alturas, los señoritos eran un despojo de humanidad, estaban totalmente derrotados. En la noche del 20 de septiembre cayó la primera helada de la temporada. Dormimos abrazados para darnos un poco de calor. El impermeable con el que nos tapamos amaneció congelado. El frío de la montaña se nos metió hasta los huesos. El frío quemaba como si fuera lumbre. Era como estar en el infierno. Eso fue todo lo que pudimos hacer en nuestra incursión como guerrilleros. Así que, con el frío instalado en la conciencia, la madrugada del 21 de

septiembre de 1965 decidimos regresarnos a la ciudad de Chihuahua.

Las vías del ferrocarril estaban cubiertas de hielo. Se nos congelaron hasta los sueños. Nos acercamos en parejas a la estación del tren. Compramos los boletos y nos sentamos en asientos diferentes. Queríamos pasar desapercibidos, pero a leguas se notaba que nomás no éramos campesinos de por esos lugares y que estábamos a punto de desfallecer de hambre y de frío.

Llegamos a la ciudad de Chihuahua ya con el sol agazapado en el horizonte. Nos bajamos un poquito antes de que el tren se detuviera en la estación. Se trataba de evitar cualquier altercado con la policía. Nos dirigimos a la casa de Pedro Uranga y Paquita Urías. A medio camino nos encontramos con Saúl Ornelas. Nos estaba esperando para avisarnos que frente a la casa vigilaba un carro de la policía las veinticuatro horas del día. Recuerdo muy bien que tuvimos un altercado. Le preguntamos: «Oye, Saúl, ¿qué haces aquí? Se supone que debes estar con los demás compañeros». Él nos contestó: «De Guerrero me mandaron a Ciudad Madera para que les diera el aviso de que los esperaran, de que los demás compañeros ya venían en camino. Pero, es que el poblado estaba lleno de soldados, era muy peligroso andar así nomás solo por las calles. Así que mejor me regresé a Chihuahua a esperarlos». Qué cosas. Unas horas más en Ciudad Madera y a lo mejor hasta sería otra la historia.

7

UN 2 DE SEPTIEMBRE DE 1965, por la mañana, Arturo Gámiz García convocó al grupo de guerrilleros con el propósito de planear el asalto al cuartel de Ciudad Madera. Se encontraban reunidos en una casa que habían rentado apenas unas semanas antes, en la colonia Pantitlán de la Ciudad de México, para llevar a cabo una jornada intensa de entrenamientos militares. El lugar era más bien un corralón de carros viejos, con bardas grandes y varios cuartos apilados uno tras otro, en cuya puerta principal se dejaba ver un letrero con la siguiente leyenda: «Se arreglan todo tipo de aparatos eléctricos».

Esa mañana, Arturo Gámiz, antes de colgarse de una nube que pasó corriendo por el cielo, tomó la palabra para dirigirse a sus compañeros de lucha:

—Bueno, señores, llegó la hora de la verdad. Necesitamos dar un golpe fuerte; una acción que no pueda censurar el gobierno; una noticia que llegue a todo el país y que marque el inicio de la revolución.

El silencio se tragó los suspiros del viento. La luz del cielo se liberó de las trancas de la cordura. Los sueños se aprontaron con el ánimo envalentonado.

—¿En qué están pensando? —preguntó Rafael Martínez Valdivia para romper el silencio.

—Vamos a tomar por asalto el cuartel de Ciudad Madera. Está ubicado en un lugar estratégico; justo a las faldas de la sierra de Chihuahua. Pegamos en el cuartel, nos hacemos de las armas del enemigo, leemos un manifiesto en la estación de radio y, luego, expropiamos el

banco rural y repartimos el dinero entre los habitantes más empobrecidos del lugar. Nos refugiamos en la sierra, en la región del Mineral de Dolores. Ahí, en nuestro terreno y con el apoyo de los campesinos, enfrentamos en condiciones favorables a las fuerzas del gobierno —argumentó Arturo Gámiz con determinación.

—¡Pa luego, es tarde! ¡Ya se estaban tardando! ¿Cuándo salimos para las tierras del norte? —preguntó entusiasmado Óscar Sandoval Salinas.

—Ya se adelantó un grupo, al mando de Lupita Jacott, para que prepare la llegada de los demás compañeros a la ciudad de Chihuahua. Hay que llegar separados; poco a poco para no hacer ruido —indicó Arturo dando a entender que ya tenía los detalles resueltos.

—Oye, Arturo, sería bueno que antes de atacar el cuartel busquemos información sobre lo que está haciendo el ejército en la sierra. ¿Qué tal si salimos rumbo al Mineral de Dolores y ahí nos tienen preparada una emboscada? —intervino con un tono de preocupación el doctor Pablo Gómez Ramírez.

El tiempo detuvo sus pasos nada más para escuchar más tranquilo la discusión de los muchachos.

—¡Ya sabemos lo que está pasando en la sierra! Los soldaditos del gobierno son unos cobardes. No sirven ni pa velar difuntos. Salvador Gaytán y Ramón Mendoza, hace apenas unos cuantos días, andaban echando bala con los pelones —volvió a intervenir Óscar Sandoval.

—Ya que tocaron el tema, es importante que Salvador y Ramón vayan a la sierra por el armamento que les quitaron a los soldados. Y, ya de pasada, pues, que se

traigan información —dijo Salomón Gaytán a manera de propuesta.

—Necesitamos un punto de encuentro. Un lugar que no esté muy cerca de Ciudad Madera para que no levantemos sospechas —agregó el doctor Pablo Gómez.

Un sueño desvelado se sumó a la platicada.

—Puede ser en el ejido de Arisiachi, en el rancho de don Trini. Ahí trabajo como profesor y don Trini está bien puesto con nosotros —dijo Miguel Quiñónez Pedroza a manera de propuesta.

—Bueno, pues, ya tenemos el punto de encuentro —agregó satisfecho el doctor Pablo Gómez—. Salvador Gaytán y Ramón Mendoza pueden subir a la sierra por el estado de Sonora. De Ciudad Obregón se van a Yécora y, luego, recogen el armamento en el Mineral de Dolores. Nos alcanzan en el rancho de don Trini.

—Oigan, ¿y para qué día se tiene pensado dar el golpe en el cuartel? —preguntó intrigado Lupito Scobell.

—Para el 15 de septiembre. Es una fecha importante; es el día en el que se celebra el inicio de la guerra de Independencia —aclaró de forma convincente Arturo Gámiz.

—Una cosa, ¿cuánto dinero tenemos para ir por las armas al Mineral de Dolores? —preguntó Salvador Gaytán.

Los asistentes se intercambiaron una maraña de dudas con las miradas.

—Se nos agotaron los recursos. No tenemos dinero para el viaje de regreso —aclaró compungido el doctor Pablo Gómez.

—No pues, la historia va a tener que esperar otra revolución, porque así, a puro pelo, nomás no llegamos para ese día —dijo Salvador Gaytán en un tono irónico.

Un olor a queso rancio empezó a manchar las páginas gloriosas de la historia.

—¿Cuánto tiempo necesitan para llegar al punto de encuentro? —preguntó el doctor Pablo Gómez.

—Ora verán. Así sin dinero y sin nada, por lo menos unas dos semanas. Es que ya en la sierra de Chihuahua, el viaje será un puro subir y bajar cerros a lomo de mula. Pues, yo le calculo que si hoy es 2 de septiembre a más tardar para el 19 de este mismo mes. ¿Cómo la ven? —agregó Salvador Gaytán.

—Bueno. Entonces, vamos a formar tres grupos. Salvador y Ramón que se vayan por las armas al Mineral de Dolores. Y los otros dos grupos llegamos por separado al punto de encuentro —indicó Arturo Gámiz en un tono conclusivo—. Que Miguel Quiñónez se adelante para que le avise a don Trini y se prepare para recibirnos.

—¡A ver, momento! ¿Además de Salvador y Ramón, quién más sabe llegar al rancho de don Trini? —preguntó incisivo Salomón Gaytán.

Un silencio inoportuno se hizo presente. Los demás asistentes se miraron el rostro en el brillo de unos ojos ajenos.

—Yo mero —dijo Lupito Scobell en un tono discreto—. Está cerca de Santa Rosa, abajito de Arisiachi.

—Se requiere de otro guía que nos lleve al punto de encuentro. Que Ramón Mendoza se vaya con un grupo

y que Lupito Scobell se lleve al otro grupo —dijo el doctor Pablo Gómez a manera de conclusión.

—¡Oigan! Yo necesito que alguien me ayude a lidiar las mulas en la sierra —intervino desesperado Salvador Gaytán—. Que Juan Antonio, mi hermano, se venga conmigo. ¿Cómo la ven?

—Bueno. Pues, ya está. Que Salvador y Juan Antonio se vayan por las armas al Mineral de Dolores. Nos vemos en el punto de encuentro a más tardar el 19 de septiembre. ¡A darle para adelante que la historia nos está esperando! —agregó el doctor Pablo Gómez para cerrar la discusión.

Al final de cuentas, Salvador y Juan Antonio Gaytán Aguirre salieron de la Ciudad de México un 3 de septiembre de 1965 con rumbo al estado de Sonora. Llegaron a Ciudad Obregón sin un solo centavo en las bolsas de los pantalones. Se pararon a la orilla de la carretera y el chofer de un camión maderero los llevó de «aventón» al poblado de Yécora, cerca de los límites con el estado de Chihuahua. Arribaron al poblado de El Mineral de Dolores un 10 de septiembre, al pardear el día. Un hambre infinita se empezó a comer el buen juicio. Estaban seguros de que los compañeros de viejas batallas contra los caciques de la sierra de Chihuahua se sumarían con entusiasmo a la rebelión. Se arrimaron a la casa de Cuco y Raúl Yáñez; se toparon con la novedad de que los hermanos Yáñez no se encontraban en el pueblo; habían salido con rumbo a la ciudad de Casas Grandes y ya tenían más de ocho días desaparecidos. Un ave negra de mal agüero pasó rasguñando el cielo. Buscaron a Manuel Ríos, sobrino de un líder campesino asesinado a

mansalva por la familia de los Ibarra; se enteraron de que su esposa estaba tirada en la cama de una mala enfermedad y de que nomás no había forma ni modo para acompañarlos. Un sabor a cobre se anidó en la boca del estómago. Se acercaron al rancho de Mauricio Torres, un familiar de Ramón Mendoza; descubrieron que a Mauricio un tiro que se le había salido por descuido a la pistola le pegó en un pie; una férula de yeso en la pierna izquierda lo tenía inmovilizado. Una nube gris que se aprontó en medio del cielo les arrebató de un solo tajo la voluntad. Al final, recalaron al rancho de El Durazno, ahí donde habita el pueblo pima, a pedir un poco de ayuda para llevar el armamento al punto de encuentro acordado. El gobernador de los indígenas convocó a una asamblea. Después de escuchar a Salvador y Juan Antonio Gaytán hablar de derrotar al mal gobierno y recuperar las tierras perdidas, sacaron un acuerdo: les prestarían cinco burros de color blanco para cargar el armamento, les ayudarían con algo de comida para el viaje y los acompañarían dos jóvenes de la comunidad nada más hasta el poblado de Tomóchic, porque estaban a punto de levantar la cosecha de maíz. El color blanco, según los dioses de la sierra tarahumara, era para ahuyentar la mala suerte que los hermanos Gaytán traían pegada como tábano a la espalda.

Después de que se repusieron de un hambre atrasada y varias noches sin dormir, Salvador y Juan Antonio Gaytán acomodaron el armamento en los cinco burros prestados y se dispusieron a cruzar la sierra de Chihuahua un 11 de septiembre de 1965. Como que el universo les quería enredar los pies. Se toparon con un

montón de inconvenientes. En cuanto agarraron camino con rumbo al poblado de Tomóchic se encontraron con tres camiones repletos de soldados; por poco y caen solitos en manos del enemigo. Así que no quedó más remedio que continuar con el viaje alejado de las veredas y los caminos; la travesía se volvió un subir y bajar cerros en medio del bosque y limpiar los rastros que dejaban tras de sí. Como se habrán de imaginar, el viaje se volvió lento y cansado. Unas nubes amoratadas les empezaron a pisar los talones. De pronto, así como así, se les cayó el cielo. La temporada de lluvias se adelantó y se soltó tremendo aguacero; las acequias se convirtieron en arroyos y los arroyos se transformaron en ríos. No quedó más remedio que rodear y cruzar con mucho cuidado la corriente brava de un ramillete de ríos crecidos. Un aire de esos extraviados que aparecen de pronto en los velorios les robó el sueño. A los seis días de andar subiendo y bajando cerros, cruzando ríos y atajando aguaceros, se les agotaron los alimentos. Así que no quedó otro remedio que dejar apersogadas a las bestias de carga y salir de cacería. Uno de los jóvenes pimas recaló al campamento cargando un jabalí en la espalda. Lo destazaron y una pierna la asaron en las brasas; el resto lo picaron y lo secaron con sal. Esta operación de sobrevivencia les robó por lo menos dos días de camino. Los ruidos del bosque les querían compartir sus secretos.

El asunto es que, después de robarles horas de sueño a los días y algunos suspiros a las madrugadas, Salvador y Juan Antonio Gaytán llegaron con el cargamento de armas al poblado de Tomóchic, un 19 de septiembre al amanecer. Se despidieron de los dos jóvenes pimas que

los acompañaron y de inmediato se dirigieron a la escuela primaria en busca del profesor Vicente Rodríguez Quiroz.

—¿Qué pasó, profe? Aquí traemos unas bestias rejegas que quieren entrar a la escuela. Usted dirá —dijo Salvador Gaytán Aguirre a manera de saludo.

—Esos burros, ¿para qué quieren escuela, si ya de por sí van a morir defendiendo a la patria? —contestó en tono jocoso el profesor Vicente.

—Vamos con rumbo al poblado de Arisiachi. Allá nos está esperando el grupo de Arturo Gámiz. Nomás que, como verá, necesitamos de un empujoncito. ¿Qué más? —intervino Salvador Gaytán solicitando ayuda.

—¡Seguro! Aquí se pueden quedar a descansar un rato. Mañana tempranito los acompañamos en el viaje —dijo el profesor Vicente a manera de propuesta.

—La dormida la dejamos pa otra ocasión. Por lo pronto, necesitamos llegar hoy mismo al rancho de don Trini; ahí cerquitas del poblado de Santa Rosa —aclaró Juan Antonio Gaytán.

—¡Ah, qué caray! Ustedes digan en qué les puedo ayudar —intervino solícito el profesor Vicente.

—Por lo pronto, un taco nomás pa atarantar al hambre. Y, luego, pues, si nos prestan un guía, nomás pa no rodearle mucho a los caminos —agregó Salvador Gaytán.

—Por la comida y por el guía no hay problema. Aquí tenemos a un compañero que se conoce las veredas de la sierra como la palma de su mano. Se llama Lázaro Hinostroza; también es profesor; acaba de llegar a trabajar aquí a la escuela de Tomóchic, pero es de toda mi

confianza. El camino para Arisiachi no tiene pierde, nomás que el río Verde, el que está a la salida del pueblo, trae la corriente muy brava, y esos burros no la pueden cruzar —intervino con tono compungido el profesor Vicente.

—¿Y luego cómo le hacemos pa continuar con el viaje? —preguntó preocupado Juan Antonio Gaytán.

—No hay forma. Tienen que cruzar el río Verde para llegar a Arisiachi. La única salida es caminar río arriba, con rumbo a Miñaca, y buscar un paso de piedra para que puedan cruzar las bestias —indicó el profesor Vicente.

—Bueno, pues, la comida tendrá que esperar. Tenemos que llegar hoy mismo al rancho de don Trini. No hay de otra —agregó a manera de despedida Salvador Gaytán.

—Nada más que ese rodeo les va a retrasar el viaje por lo menos unos dos días —agregó con un tono de lamentación el profesor Vicente Rodríguez Quiroz.

Un silencio de esos que se tragan todas las palabras del mundo, de pronto, se hizo presente.

—¡Oigan! Otra cosa: a ver si le pueden llevar una gabardina verde a Miguel Quiñónez; es que se le cayó del caballo la última vez que nos vimos —agregó el profesor Vicente Rodríguez Quiroz con un dolor atorado en la garganta.

Salvador y Juan Antonio Gaytán llegaron con los cinco burros blancos cargados de armamento al rancho de don Trini el 22 de septiembre al amanecer. La soledad y el desasosiego los recibieron con los brazos abiertos.

Arturo Gámiz dejó una carta por si, de pura casualidad, llegaban a tiempo:

«Los esperamos dos días más de la fecha acordada. Acamparemos en el Presón de Golondrinas, a las afueras de Ciudad Madera. Si pueden, ahí nos alcanzan. La historia no tiene palabra de honor. Ni modo. Si no fue en esta, nos vemos en el infierno».

La noche se niega a vestirse de oscuridad. El cielo se mira el rostro en el espejo de la mañana. La luna menguante se mece con el cabello del viento. Poco a poco la luz se va adueñando de las cosas del mundo.

De pronto, las nubes toman por asalto al cielo. Los gritos del silencio se abrazan a las centellas del firmamento. Un diluvio azota a la montaña. La sierra de Chihuahua llora un caudal de lágrimas.

8

MI NOMBRE ES Guadalupe Jacott, y me gustaría rescatar la participación de las mujeres en la revuelta que desembocó en el asalto al cuartel en Ciudad Madera. Soy de origen campesino. Mi madre y mi padre son de un poblado que se llama La Junta, del municipio de Guerrero, Chihuahua. Desde los trece años ingresé a la escuela normal de Saucillo; ahí cursé la secundaria y empecé a estudiar para profesora de educación primaria. En esa escuela normal había internado. Así que nos dedicábamos de tiempo completo a la estudiada y a la formación política. Nos sumamos a las protestas de otras escuelas normales del país y a las manifestaciones del movimiento campesino.

Recuerdo que, por allá en el año de 1962, los campesinos organizaron una marcha a la capital del estado para exigir reparto de tierras. Se plantaron frente al Palacio de Gobierno y decidieron no retirarse hasta obtener una respuesta concreta a sus demandas. En ese momento yo ocupaba la presidencia del Consejo Estudiantil, así que acordamos que nos quitaran de nuestra ración de comida el pan de dulce y el postre y que ese dinero se destinara para ayudar a los inconformes. Las autoridades se negaron a nuestra petición; entonces, con los ánimos encendidos, fuimos al almacén, rompimos los candados, sacamos la comida y se la llevamos a los manifestantes. Las autoridades reaccionaron de inmediato; solicitaron que me arrestaran y que me expulsaran de la escuela. Lo bueno fue que se hizo sentir el apoyo

de mis compañeras y de las demás escuelas normales del país, que, si no, ¡para qué les cuento!

La escuela formaba parte de la Federación de Estudiantes Chihuahuenses. Ahí fue donde conocí a Arturo Gámiz García y Óscar González Eguiarte. Eran líderes muy activos y entusiastas. Sin embargo, un elemento clave en mi formación política fue, sin duda, el doctor Pablo Gómez Ramírez. La mayoría de los profesores de la escuela normal eran de pensamiento crítico, pero el doctor, además de estar bien informado, era militante activo de la Organización General de Obreros y Campesinos de México. No pues, la mera verdad es que fue el doctor quien nos vinculó con el movimiento social.

Nos organizamos para unirnos a la toma de tierras. Los fines de semana y los periodos vacacionales, en lugar de visitar a nuestras familias, nos sumábamos a las protestas de los marginados de la tierra. Dejen me acuerdo de algunas de las compañeras que andaban más activas: Lucina Alvarado, Trinidad Erives, Clara Elena Gutiérrez, Eréndira Robles, Estela Salado, Glicelba Morales, Mélida y Carmen Terrazas, Silvina Rodríguez, Rosalba y Nereida Abarca, Lucila Ochoa, Ruth Meléndez, Gloria Juárez, Marcia Moreno, Carmen Arellano, entre otras. ¡Éramos un montón!

Les cuento que, hacia principios de febrero de 1964, nos fuimos a diferentes comunidades de la sierra para acompañar la toma de tierras. A Clara Elena Gutiérrez y a Eréndira Robles les tocó el poblado de Chuhuichupa, allá en el municipio de Madera, pegado al estado de Sonora. Resulta que se hizo presente la policía estatal y las tomaron presas. En esa ocasión también arrestaron a

Arturo Gámiz en una comunidad que se llama Tierra Colorada. Se hizo un gran escándalo. Llegaron a la ciudad de Chihuahua estudiantes de las demás escuelas normales del país. Se organizó un plantón permanente a las afueras de la penitenciaría del estado. A la semana soltaron a las muchachas, y al mes liberaron a Arturo Gámiz. Tengo bien clarito que Arturo nos dijo: «Nunca más me van a tomar preso; me voy a subir a la sierra y solo me van a bajar muerto o con la patria liberada». Así estaban las cosas; el gobierno, con tanta represión y tanta canija injusticia, no dejó otro camino que tomar las armas.

A las pocas semanas de que Arturo Gámiz se subiera a la sierra de Chihuahua, con el propósito de encabezar a un grupo de campesinos alzados que apenas unos días antes habían ajusticiado a un cacique de la familia de los Ibarra, tomé la decisión de unirme a la guerrilla. Éramos un grupito de tres mujeres: Lucina Alvarado, Clara Elena Gutiérrez y yo. Empacamos en una mochila las cosas más elementales y nos trasladamos a la ciudad de Chihuahua en un aventón que nos dio el chofer de un tráiler. El plan era subirnos al tren y llegar a Ciudad Madera. Ahí entraríamos en contacto con uno de los integrantes de la familia Gaytán, para que nos llevara con el grupo de Arturo Gámiz.

Pues ahí tienen que en la estación del ferrocarril de la ciudad de Chihuahua nos alcanzaron unos profesores de la escuela normal: el doctor Pablo Gómez, José Martínez y Vinicio Aguilera. Llegaron con el corazón en la mano. Nos dijeron que todavía no había condiciones para que las mujeres se subieran a combatir en la

montaña, que la lucha estaba en la etapa inicial y que las condiciones de sobrevivencia eran terriblemente difíciles, que el reglamento de la organización prohibía la participación de las mujeres en la lucha armada de forma directa, y que, en definitiva, nos dirigíamos derechito a la muerte. Nosotras argumentamos que ese reglamento era machista, que no podían prohibir la participación de las mujeres en la lucha armada por el hecho de ser mujeres, que eso era una injusticia.

Ante mi negativa para abandonar los planes, el doctor Pablo Gómez me pidió que me levantara y me sentara quince minutos en medio de una banca donde esperaban la salida del tren un montón de ferrocarrileros. Así, de buenas a primeras, me pareció extraña la indicación, pero el doctor insistió en que siguiera las instrucciones al pie de la letra. Me levanté, tomé el periódico, me dirigí al grupo de ferrocarrileros y les pedí permiso para sentarme. Me desnudaron con la mirada. Me abrieron un espacio en la banca y sus ojos se concentraron en mis piernas. Se atropellaron unos a otros en hacerme preguntas: que si a dónde me dirigía, que si cómo me llamaba, que si tenía novio, que si por qué estaba tan bonita, que si de dónde había sacado esos ojos tan chulos, que si por qué andaba humillando a las flores con ese olor a primavera, y no recuerdo cuántos piropos e insinuaciones más. El asunto es que no pude leer el periódico. Después de unos quince minutos de torear la libido masculina, regresé con el grupo de compañeras y profesores. «¿Qué pasó? ¿Qué te dijeron los ferrocarrileros sobre la conciencia de clase y la revolución proletaria? ¿A cuántos obreros afiliaste a la lucha guerrillera?», me preguntó de

forma irónica el doctor Pablo Gómez. «Apenas si salí viva después de tanto acoso masculino», contesté con el susto atragantado en mi garganta. «Pues ahí está la respuesta a tus preguntas, compañera», dijo el doctor Pablo Gómez de forma tajante y nos retiramos de la estación del ferrocarril.

A partir de ese momento, decidí abandonar la escuela normal e incorporarme de tiempo completo a la lucha armada. Me hice cargo de la correspondencia entre el grupo de la sierra y la ciudad, organicé la brigada urbana y ayudé a construir una red de apoyo con los estudiantes de las demás escuelas del estado. Es importante mencionar que Dolores y Amalia Gámiz García, las hermanas de Arturo, también se incorporaron de tiempo completo a la lucha guerrillera. En la ciudad de Chihuahua se unieron a la organización Paquita y Margarita Urías, las hijas de un profesor muy reconocido de la Escuela Normal del Estado, así como Irma Campos Madrigal, una estudiante destacada y líder estudiantil de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Las mujeres le dimos cuerpo y alma a la nueva organización revolucionaria. Reclutamos a un montón de compañeras y nos hicimos cargo de imprimir y distribuir de forma clandestina la propaganda.

Para el verano de 1965, Arturo decidió concentrar a todo el grupo en la Ciudad de México y realizar una serie de entrenamientos para dar un golpe importante al enemigo; una acción decisiva que el gobierno no pudiera censurar y que fuera el inicio de la revolución socialista. Ahí aprendí artes marciales y técnicas de defensa personal; también me enseñaron a desarmar y limpiar un fusil,

llevamos a cabo prácticas de puntería y realizamos caminatas largas en los cerros de la zona del Ajusco.

Así fue como en el mes de agosto de 1965 me pidieron que retornara al norte del país y preparara las condiciones para recibir al grupo de guerrilleros que tenía como propósito inmediato cambiar el mundo. A principios de septiembre empezaron a llegar a la ciudad de Chihuahua los primeros guerrilleros; unos llegaron en camión de pasajeros y otros en el tren, que, por cierto, tardaba un montón de días en llegar. Recuerdo que recibimos a Salvador Infante y a Jesús Valdivia –eran de por allá del sur del país– y venían cargando una caja de madera repleta con cartuchos de dinamita. Los hospedamos en la casa de Pedro Uranga y Paquita Urías. Después llegaron en un camión, de esos foráneos, Florencio Lugo, Rafael Martínez Valdivia, Lupito Scobell y Paco Ornelas. Por su cuenta, arribaron en un autobús de los *Rápidos Delicias* Ramón Mendoza y Emilio Gámiz. Al final, el 15 de septiembre de 1965 por la noche, llegó en un taxi secuestrado en la ciudad de Torreón, Coahuila, el último grupo de guerrilleros en el que se encontraban el doctor Pablo Gómez, Arturo Gámiz, Salomón Gaytán y Toño Scobell.

El asunto es que ese mismo 15 de septiembre nos juntamos más de veinte personas en la casa de Pedro Uranga y Paquita Urías. Las pocas armas que se habían logrado juntar se pasaban de mano en mano. Nos contagiamos de una fiebre peligrosa de ganas de pelear. Había llegado el momento de que estallara la revolución y todos querían encender la mecha. Arturo Gámiz organizó cuatro grupos. Un primer grupo de compañeros se

trasladaría en un autobús de pasajeros a Ciudad Madera y se encargaría de recabar información. Un segundo grupo, en el cual se encontraban los líderes, viajaría en el taxi secuestrado a la comunidad de Santa Rosa de Arisiachi para encontrarse con Salvador y Juan Antonio Gaytán, quienes venían del Mineral de Dolores, allá en el mero corazón de la sierra de Chihuahua, con lo mejor del armamento. Un tercer grupo encontraría la forma y el modo de llegar en un vehículo particular a la ciudad de Guerrero a unirse con los demás. Y un cuarto grupo formaría la brigada urbana, cuya primera misión era hacerse cargo, por unos cuantos días, del chofer del taxi secuestrado.

Como se habrá de suponer, yo pasé a formar parte de la brigada urbana. Al frente de esta responsabilidad quedó Óscar González Eguiarte. También pasaron a formar parte de este grupo Víctor Orozco y Rubén Aguilar. La brigada estaba formada por estas cuatro personas; nos habíamos conocido en el movimiento estudiantil, así que estaba de más utilizar nombres prestados.

Estacionaron el vehículo frente a la casa de Pedro Uranga y Paquita Urías. En el asiento posterior se encontraba el chofer, atado de pies y manos. El sujeto despertó y el doctor Pablo Gómez lo tranquilizó con un somnífero. Los nuevos integrantes de la brigada urbana nos subimos al automóvil y nos transportamos a una casa pequeña en la colonia Industrial. Bajamos al chofer completamente dormido. Las indicaciones que nos dio el doctor Pablo Gómez eran claras: «Deben tratar al chofer de la mejor manera posible, pagarle por sus servicios y ponerlo en libertad cuando se les indique». Era

importante evitar que el chofer nos viera la cara, así que debía permanecer con los ojos vendados las veinticuatro horas del día.

Bueno, pues nos turnamos para vigilar al chofer y para que los compañeros no descuidaran su asistencia a la escuela. El primer problema surgió porque, como se podrá suponer, los hombres no sabían preparar comida, así que alimentaron a ese pobre individuo a base de puros lonches de bolillo y refrescos de barrilito. El segundo problema se presentó cuando dos compañeros se turnaron para cuidarlo de noche y al día siguiente se despertaron con la novedad de que el chofer los estaba mirando de frente. Este incidente generó un pequeño altercado entre el grupo. El chofer nos dijo que su nombre era José y nos suplicó con lágrimas en los ojos que lo dejáramos libre, que lo estaban esperando en su casa su esposa y sus hijos. La verdad es que se nos partió el corazón y terminamos consolando a José como si fuera un niño.

Al tercer día, alguien se presentó con la novedad de que le pareció percibir que una patrulla de policía andaba rondando alrededor de la casa. Por si las dudas, se decidió cambiar al chofer de domicilio, a una casa ubicada en la colonia Campesina, con un compañero que participaba en las marchas y la toma de tierras. Conseguimos prestado un carro viejo. Cuando pasamos por el mentado Paseo Bolívar se nos tronó una llanta. Nos bajamos a cambiarla. José estaba recostado en el asiento trasero, tapado con una cobija. De pronto, se detuvo un jeep de la policía municipal a prestar ayuda. «¿Qué pasó, muchachos? ¿En qué les podemos ayudar?», preguntó de forma amable el policía. Nos vimos a la cara y tragamos

lumbre. «Todo está bien, comandante; no se preocupe. Se nos ponchó una llanta, pero traemos repuesto. Si quieren, nos pueden ayudar con el tráfico», contesté intentando contagiar de seguridad a los demás. «¿A dónde se dirigen?», volvió a preguntar uno de los policías. «Vamos a la prepa nocturna. Ahí trabajamos. Somos estudiantes de la universidad», intervino Óscar González para sobrellevar la situación. Una vez que cambiamos la llanta, nos despedimos de los policías y nos alejamos del lugar con la adrenalina corriendo al interior de nuestros cuerpos como un potro desbocado.

El mayor contratiempo se presentó cuando llegamos al domicilio indicado y bajamos a José con los ojos vendados. «No tengo pistola para matarlo, pero si quieren puedo conseguir una», dijo con determinación el compañero que nos prestó la casa. José se desmayó del puro susto. Nos vimos en la necesidad de reanimarlo y convencerlo de que no le pasaría nada malo. Al sexto día, recabamos dinero entre estudiantes y maestros de la universidad, así que le pagamos a José dos mil doscientos pesos por sus servicios, lo llevamos a una colonia pudiente, ahí por la Zarco, y lo dejamos en libertad. Fue derechito a delatarnos con la policía. Alegó que sus secuestradores lo trataron muy bien, que hasta se hicieron sus amigos, y, por si fuera poco, le pagaron de más por sus servicios. A los pocos días, encontraron el taxi en uno de los caminos cerca de la población de Guerrero.

Después de cumplir con esta tarea, me dieron indicaciones para que me quedara en la ciudad de Chihuahua y me dejara ver en lugares públicos, donde hubiera muchos testigos, hasta después de los acontecimientos que

estaban por venir. Yo decidí viajar al poblado de Anáhuac; ahí vivía una tía mía y me sentía más segura. Temprano, por la radio, me enteré de lo que pasó la madrugada del 23 de septiembre de 1965 y, a partir de entonces, como que ando medio muerta.

9

DOS ASTROS IMPETUOSOS se pelean el cielo. Por el oriente, el sol se levanta escupiendo lumbre. Por el poniente, la luna amanece borracha tratando de olvidar a un amor traicionero. Se miran fijamente a los ojos. Las nubes se esconden detrás de los cerros. Se siente la presencia incómoda de un aire despechado.

Ella se niega a salir del día. Él encandila con la mirada.

Se dan un último adiós.

El cielo se pinta de gris. La noche se vacía de estrellas.

La madrugada del 23 de septiembre de 1965, en un acto de heroísmo desmedido, un grupo compuesto por trece guerrilleros atacó el cuartel de Ciudad Madera. Antes de iniciar el ataque se propusieron cortar el cable de teléfono e interrumpir las comunicaciones. Por más que intentaron derribar un poste, el cable seguía intacto. Al final, desistieron del objetivo y decidieron continuar con el plan de ataque.

Un primer grupo, compuesto por cuatro personas, tenía la misión de pegar al lado norte del cuartel, justo frente a las barracas donde dormían los soldados. Este grupo estaba compuesto por Salomón Gaytán Aguirre, Arturo Gámiz García, Ramón Mendoza Torres y Óscar Sandoval Salinas. A un segundo grupo, conformado por tres compañeros, se le encomendó la tarea de apostarse en el lado este del cuartel e incendiar con gasolina las instalaciones construidas a base de madera. Tenían

como parapeto una iglesia y una escuela primaria. Este grupo lo formaban Pablo Gómez Ramírez, Emilio Gámiz García y Antonio Scobell Gaytán. El tercer punto de ataque se situaba al oeste del cuartel, en la Casa Redonda, como luego les dicen a los talleres del ferrocarril. En esta posición se encontraban Guadalupe Scobell Gaytán, Raúl Florencio Lugo Hernández, Rafael Martínez Valdivia y Miguel Quiñónez Pedroza. En la casa de Pacheco, el administrador de la empresa Bosques de Chihuahua, al sur del cuartel, se colocó Francisco Víctor Manuel Ornelas Gómez. En la antena de radio, allá por el camino que va con rumbo a Huizopa, se instaló José Juan Fernández Adame para cuidar al chofer del camión trocero.

La misión del primer grupo era iniciar el combate y atacar con granadas de mano hasta que se rindieran los soldados. La tarea del segundo grupo era quemar el cuartel grande y capturar a los incautos que salieran corriendo a salvar su vida. La encomienda del tercer grupo era tirar a matar a los pelones que se vieran afuera de las barracas y cuidar la retaguardia. A Paco Ornelas se le asignó la responsabilidad de ajusticiar al dueño de la casa y cubrir a los compañeros por ese lado. A José Juan Fernández Adame se le dio la indicación de que esperara en la antena de radio. Cuando finalizara el ataque bajaría con el camión trocero para cargar el armamento incautado al enemigo; luego, se pasaría al pueblo a pegarle al banco rural y, por último, saldría con rumbo a la sierra, al Mineral de Dolores. En el remoto caso de una derrota, se acordaron tres puntos de encuentro: la antena de radio, la huerta de la casa de Ernesto Castellanos y la

torre de la Chinaca. Como eran pocos los que conocían la región, se nombró como guía a Ramón Mendoza en el primer grupo, Toño Scobell en el segundo y Lupito Scobell en el tercero. Ese era el plan. El ataque al cuartel, así, en teoría, se veía muy fácil.

La noche despertó de pronto de un sueño de angustia. La rueda de la historia detuvo sus pasos acelerados. Los dioses de la montaña fueron habitando poco a poco aquella madrugada insurrecta. Por fin llegó la hora de la verdad. Los guerrilleros arribaron al lugar de los hechos como si fueran un eco rebotando entre los riscos de una barranca. Frente a la iglesia, descendieron todos juntos de la plataforma del camión maderero. La noche se atragantó de oscuridad. Montados sobre un vientecillo atrevido que bajó de la montaña, se colocaron, sigilosos, en sus posiciones. El ataque iniciaría en punto de las 5:45 de la mañana. Se le oyó un ronquido al diablo. Un poco antes de la hora indicada, se escuchó un silbido. Era la señal para que los soldados acuartelados iniciaran con las actividades del día. Arturo Gámiz sintió de forma sorpresiva que una llama del infierno le quemaba los talones.

—¡Ya nos descubrieron! ¡A sus puestos, compañeros! ¡Mucha suerte y aquí nadie se rinde! —ordenó Arturo Gámiz con una voz que se tragó el frío de la montaña.

—¡Tranquilos, no pasa nada! Es la hora del rancho. Los pelones se levantaron a desayunar —aclaró Salomón Gaytán con un tono de tranquilidad instalado en la garganta.

Una estrella vanidosa intentó mirarse el rostro en el agua encharcada de la laguna que los insurrectos tenían

a su espalda. Las nubes instalaron una huelga de silencio en el cielo. Los ruidos del bosque acariciaron la espalda desnuda de la mañana. Los guerrilleros que se colocaron frente a las barracas se parapetaron tras el terraplén de las vías del ferrocarril. Arturo Gámiz observó su reloj de pulsera. Una voz desconocida le susurró al oído una bendición. El artefacto marcó la hora esperada. Arturo Gámiz intercambió una mirada cómplice con Salomón Gaytán. La noche se lavó la cara con luz de estrella para ver más claro. Salomón Gaytán, el responsable militar del grupo de guerrilleros, apuntó su fusil hacia la sombra tenue de un soldado que vigilaba frente a los dormitorios. La noche parecía eterna. Calculó con el oído la dirección y la velocidad del viento. Su mirada se concentró en el grano del fusil. Escuchó los gritos que emitía el latido potente de su corazón. Se acarició el alma cuando tocó el gatillo con el dedo índice de su mano derecha. Después de un suspiro por donde se coló el hilo casi invisible de esta historia, soltó el primer disparo. El llanto lúgubre de un silencio roto se apoderó de la madrugada. Cayó el primer soldado. Esa fue la señal para tomar por sorpresa al infierno. Acto seguido, disparó Óscar Sandoval Salinas. Los contrincantes afuera de las barracas siguieron cayendo. Después salieron tiros de todas las posiciones. El destello de los disparos iluminó por un breve instante el rostro sombrío del universo. Los soldados, desconcertados, corrían hacia donde señalaba el diablo. Pasados unos cuantos minutos cobró forma un huracán de balas. En el primer momento de la batalla los caprichosos vientos de la fortuna soplaron a favor de los

jóvenes insurrectos. En medio de la penumbra se escuchó la voz de Arturo Gámiz:

—¡Ríndanse! ¡Están perdidos!

Salomón Gaytán y Arturo Gámiz se dedicaron a lanzar granadas de mano, construidas con pedazos de tubo galvanizado cargados de dinamita. Era más el ruido que producían que el efecto destructivo que causaban los mentados artefactos caseros esos. El cielo se puso de fiesta porque pensó que eran puros fuegos de artificio.

En el lado este del cuartel, Pablo Gómez, Emilio Gámiz y Toño Scobell se cubrieron detrás de los cimientos de un salón que estaba aún en construcción. Se involucraron tanto en el fragor de la batalla que olvidaron rociar con gasolina e incendiar las instalaciones del cuartel. Un tufo de victoria se empezó a percibir en el ambiente. Pablo Gómez sacó de uno de los bolsillos del pantalón la bandera de la organización. Estaba listo para poner a ondear en la asta mayor a una patria liberada.

Por otro lado, allá por el oeste, Lupito Scobell y Florencio Lugo se enfrentaron a los soldados que salían de las barracas. Miguel Quiñónez Pedroza y Rafael Martínez Valdivia estaban encargados de cubrir la espalda. Un grupo de uniformados se acercó a la Casa Redonda en un intento por identificar a los atacantes. Los contrincantes quedaron separados por un pequeño muro de piedra. Además de balas se intercambiaban un montón de groserías: «¡Les cayó la justicia del pueblo, hijos de su tal por cual!»; «¡ya se les quitó lo valiente, hijos de Judas!»; «¡no sirven ni para poner huevos, gallinas culecas!»; y otros insultos por el estilo. Rafael Martínez Valdivia se entusiasmó tanto con el triunfo inminente de la batalla

que se puso a lanzar las granadas de manufactura casera que Florencio Lugo portaba fajadas en la cintura. Como que los dioses de la sierra inclinaron la balanza para el lado de los muchachos.

Por su parte, Francisco Ornelas Gómez, desde que escuchó los primeros disparos, salió corriendo al fondo del patio de la casa de Pacheco. Se sentó en cuclillas y se cubrió el cuerpo con las ramas de un manzano. No soltó un solo disparo ni pronunció una sola palabra. Si acaso se le escuchó al viento emitir un pequeño sollozo. No se movió de esa posición hasta que la noche le robó el último suspiro al día.

A José Juan Fernández Adame no se le vio ni el polvo. A los primeros disparos se montó en el camión trocero y le ordenó al chofer salir a toda velocidad con rumbo a la sierra. En un recoveco del camino bajó las mochilas y las escondió detrás de unos matorrales. Se hizo pasar por un lugareño, abordó el tren de pasajeros y no volvió a emitir un suspiro de alivio hasta que llegó sano y salvo a la ciudad de Chihuahua. Ni el diablo, por más que se esforzó, le pudo seguir los pasos.

El sol se dejó ver detrás de los cerros. Las estrellas luminosas se tragaron el aliento de la noche. Un vientecillo extraviado, salido de no se sabe dónde, se robó, así, a lo descarado, la buena suerte de los guerrilleros. Un montón de sombras, como si fuera un hormiguero alborotado, bordearon, apresuradas, la laguna del aserradero que se encontraba a un lado del embarcadero del ferrocarril. Sin que nadie lo presintiera, así de pronto, así de absurdo, el grupo de insurrectos se vio cercado desde la parte posterior por una compañía completa de ciento

veintitrés soldados bien entrenados de infantería. Les juro que a la rosa de los vientos se le extravió el rumbo. Los guerrilleros se vieron en medio de dos fuegos. Un torbellino desbocado de balas enemigas les despeinó los sueños. Por si esta sorpresa no fuera suficiente, de pronto, la máquina del ferrocarril encendió la lámpara principal y dejó al descubierto, sobre los rieles, el cuerpo inerte de los guerrilleros. Las caprichosas circunstancias se reían a carcajadas del famoso destino ineludible de la historia. No perdieron el ánimo ni suspendieron el ataque a pesar de que la muerte les susurraba algunas lisonjas al oído. Arturo Gámiz se negó a dar la orden de retirada de forma prematura. No quería marcharse del lugar con una derrota entre las manos. ¿Valentía o fatalidad? Que la historia los juzgue. Ocho de los atacantes cayeron muertos en pleno combate. Los demás se retiraron con vida para contarlo.

Los primeros combatientes abatidos fueron Salomón Gaytán y Arturo Gámiz. Una bala, de los cientos que caían del cielo, fue a dar justo en un cartucho de dinamita que Salomón Gaytán portaba en la cintura. La explosión partió el cuerpo en dos partes. Las esquirlas destrozaron, también, la parte posterior del cráneo de Arturo Gámiz. En ese momento, un grito de dolor se le escuchó al firmamento. Los dioses de la montaña, que observaban la batalla con tamaños ojos, no podían creer que derribaran a sus hijos tan queridos. Óscar Sandoval Salinas y Rafael Martínez Valdivia murieron porque sí, porque no había de otra, porque así lo exigía la historia, porque nadie podía sacarlos vivos de aquella vorágine de balas. Allá, por el lado de la iglesia y la escuela, de forma

sorpresiva, los soldados del gobierno instalaron una ametralladora de alto poder para repeler el ataque. Cuando los guerrilleros intentaron la retirada se toparon con un piquete de soldados que llegó por la retaguardia. Antonio Scobell Gaytán y Emilio Gámiz García fueron ejecutados en la cancha de la escuela. Cuando se hizo evidente que era imposible salir con vida de aquel huracán de balas, el doctor Pablo Gómez Ramírez soltó el fusil, se puso de pie, se enredó en la bandera de la organización y lanzó un grito justo unos segundos antes de ingresar a la inmortalidad:

—¡Viva la libertad! ¡Viva el socialismo! ¡Que muera el mal gobierno!

La noche se quedó sin aliento. Al cielo le dio por llorar un mar de estrellas. A los primeros disparos, Miguel Quiñónez Pedroza soltó el fusil y corrió a buscar refugio en el conjunto de casas que componen el llamado Barrio Americano. La muerte lo sorprendió por la espalda al intentar brincar el cerco que delimitaba el patio de un vecino. El espíritu chocarrero del profesor Miguel Quiñónez se quedó merodeando por la montaña. Nunca entendió o no recordaba, bien a bien, cuál fue el motivo por el cual decidió venir a morir en la sierra de Chihuahua.

Por su parte, los soldados del gobierno no supieron cómo, ni bajo qué circunstancias, lograron escapar los demás sublevados. El desenlace de la batalla no fue muy halagüeño que digamos para la parte oficial. El asunto es que al final de la jornada se reportó de forma oficial nada más a cinco soldados caídos en combate, cuatro heridos de gravedad y seis con heridas leves. Además, a

los alzados se les incautó un armamento raquítico: tres rifles Remington calibre 22, un fusil M-1 calibre 30, una carabina Remington calibre 7 mm, una carabina 30-06, una escopeta vieja de retrocarga, una pistola Smith & Wesson calibre 22, ocho bombas de manufactura casera elaboradas a base de un tubo de hierro cargado con dinamita, 180 cartuchos calibre 7.62 mm, 1,522 cartuchos calibre 22 y dos tanques con gasolina. Y, por si fuera poca la vergüenza y el deshonor para las fuerzas de la ley y el orden, la mayoría de los atacantes muertos, como se hizo público, eran apenas unos muchachos imberbes. Las órdenes del capitán primero Ernesto Arciniega Olea, que asumió el mando en el cuartel, fueron terminantes.

—Entierren a cinco soldados de los nuestros en el panteón municipal. Y que los vea todo el pueblo. A los demás los suben en el tren y se los llevan en secreto a la capital. Cinco caídos por parte del ejército es el saldo de la batalla para la historia oficial. Yo mismo le voy a sorrajar un balazo en la frente al cabrón que se le ocurra abrir la boca para contar lo que verdaderamente pasó en este lugar. ¿Quedó claro?

10

EN LA MADRUGADA DEL 23 de septiembre de 1965 le pusimos el cascabel al gato. Bien a bien, nadie sabía cómo estaba la cosa. Es que el plan de ataque se elaboró nada más entre Arturo Gámiz, Salomón Gaytán y el doctor Pablo Gómez. A cada uno se le dio su posición para pelear y nada más. A mí, Ramón Mendoza, me asignaron como guía del primer grupo. Nos acomodamos frente a las barracas, protegidos por el bordo de las vías del tren. Yo tomé como parapeto un carro viejo, de esos de puro fierro, que estaba ahí cerquita. Estoy seguro de que allá en el monte se dejó oír el aullido de un coyote. Bueno pues, llegó el momento de la verdá. El ataque lo comenzó Salomón Gaytán; le tiró a un soldadito que vigilaba afuera de las barracas. Luego, tiró Óscar Sandoval y, después, tiramos todos. Aquello era un ventarrón de balas. La noche era tan oscura que se tragaba a las cosas. Casi no se veía nada, es que un nubarrón empuercó el cielo. A mí me tocó buena arma, un fusil M1. A la mayoría les dieron riflecillos calibre 22 que nomás no servían pa nada. El asunto es que, a los primeros tres disparos, a mi rifle se le cayó el cerrojo. ¿Ustedes creen? No pues, así ni cómo. Le hice la lucha a ver si lo podía componer, pero como que nomás no era el momento para esos remilgos. Así que seguí disparando con la pistola.

En medio de tanta canija oscuridad los soldaditos del gobierno nomás no podían dar con el enemigo. Disparaban para todas partes. La única referencia eran los mismos disparos de nuestros rifles. Es que en mitad de la

noche cada disparo generaba un fogonazo. Como nomás no le pegaba a nada con la pistola, yo mejor dejé de disparar. Así no había ni cómo dieran conmigo. A ratos paraba un poco la balacera. En una de esas veces cayó un soldadito juntito a mí. Le hice la lucha de quitarle la metralleta, pero, en cuanto asomé la cabeza, me llovió un montón de balas. Mejor me quedé quietecito como si ya me hubieran matado. Se escuchaban balazos por todos lados. Mis compañeros también lanzaron algunos bombillos de dinamita. Así duró la batalla un buen rato. Ora verán, qué les diré. Pues como unos veinte o treinta minutos. Yo nomás me estuve agazapado detrás del carro ese que les digo. Es que nomás no había ni pa dónde salir corriendo. Qué quieren.

Como a eso de las 6:30 de la mañana, así, sin decir ni agua va, se prendieron las farolas del tren. Se los digo con mucha seguridad porque a las siete exactitas sale el tren que va con rumbo a Ciudad Juárez. La verdad es que a nadie le pasó por la cabeza eso de que las máquinas del tren se empiezan a mover muy de mañanita. Qué cosas. La luz dejó al descubierto a los compas que estaban tirados como lagartijas sobre los rieles del ferrocarril. La cosa se puso del carajo. Ahora sí, les cayó con mucho tino una lluvia de balas. Pude observar, desde allí donde me estaba protegiendo, que Lupito Scobell les arrojó a las máquinas ferrocarrileras una de esas granadas cargadas con cartuchos de dinamita. Luego se supo que tres vecinos del pueblo, que trabajaban como fogoneros, salieron heridos. Según parece se nombran Lorenzo Rojo, Juan Ambrosio Fornelli y Francisco Terrones Caro. Todo sea en honor a la verdad. ¿Verdá?

Ya despuesito nos cayó por el otro lado, por donde se ubicaba la laguna del aserradero, un montón de soldados. No pues, ahí sí que se puso del carajo. Gritaron la retirada. No sé quién, si fue Arturo o Salomón, pero ya no quedaba de otra, había que salir corriendo. Salomón se puso de pie y agarró para el rumbo de la Casa Redonda, donde estaban los demás compañeros. Luego, lo siguió Arturo Gámiz. Cuando pasó junto a mí, me dijo: «Intenta salir con vida». Escuché una explosión de dinamita. Ahí quedaron tirados los dos. Se miraban como pavos descabezados.

Allá por el rumbo de la iglesia y la escuela, en donde estaban peleando el doctor Pablo Gómez, Emilio Gámiz y Toño Scobell, desde que comenzaron los primeros disparos les cayó la maldición. Resulta que, en la mera esquina del cuartel, instalaron una ametralladora de alto poder. Todo fue que se repusieran de la sorpresa los soldaditos del gobierno y, luego, se hicieron de ese fierro. ¡Uta, no! ¡Nomás hubieran visto qué matazón se hizo con ese artefacto! Yo miraba como que era un montón de soldados disparando al mismo tiempo. Después me fijé bien y pude mirar que todo ese chorro de balas salía de un mismo punto. No pues, con un fierro de esos nomás no se puede pelear de frente. Pobres compañeros, quedaron hechos una coladera.

Miré a nuestros líderes caídos. Ahí junto a mí estaban Salomón y Arturo. Más allá se miraban clarito los cuerpos de Óscar Sandoval y Rafael Martínez Valdivia. Yo me dije para mis adentros: «Ya no queda de otra. Hay que salvar el pellejo». Yo la tenía menos difícil porque ya me daban por muerto. En cuanto me levanté para

salir corriendo me cayó un montón de balas. Me tocó la suerte de que no me pegara ninguna. Me tiré en el suelo y me volví a hacer el muerto. Esperé un rato a que se apaciguara la balacera. Recuerdo que se hizo tanto silencio que hasta se escuchaban los ruidos del bosque. De nueva cuenta, me levanté, pasé la calle corriendo y me dejé caer, ahí, entre unos yerbajales. Ya de plano dejaron de tirarme. Ahora sí, me dieron por bien muerto. De seguro pensaron que era imposible salir con vida de aquella lluvia de balas. Esas fueron las últimas descargas que se dejaron oír de la batalla. Despuesito sólo se escucharon algunos tiros sueltos por diferentes lados, como si la balacera se fuera yendo poco a poco, igualito que el sol cuando se acuesta tras la montaña.

Me escapé por debajo del yerbal. Me fui arrastrando despacio para no hacer ruido. Estaba a un lado del cuartel. Ya para esas horas la calle estaba atestada de soldaditos del gobierno. Unos vehículos entraban y otros salían de las instalaciones del cuartel. A leguas se veía que adentro se traían un relajo. Yo nomás miraba de lejecitos haciéndome el muertito y me seguía arrastrando entre las yerbas. Andaba todo espinado, pero eso es mejor que quedar allí tirado, todo muerto, sin un solo aliento de vida. Cuando miré que los soldados se descuidaron un tantito, salí corriendo rumbo a los maizales donde se localizaba el embarcadero de ganado. Las plantas de maíz estaban echando espigas. Hubieran visto lo grande y lo bonito que se pusieron las mazorcas ese año. Ahí entre el maizal me sentí seguro. Pensé: «Aquí sí va a estar difícil para que den conmigo». Me fui moviendo despacio, muy despacito, rumbo a las últimas casas del pueblo,

allá por donde vivía Ernesto Castellanos, el presidente municipal. Ya para ese entonces se dejaron de escuchar los disparos. El sol me venía siguiendo los pasos. Un viento matrero me andaba buscando por todos lados. Ahí entre los maizales venía pensando: «¿Qué habrá pasado? ¿Cuántos habrán salido vivos de esa ratonera?». Creía que nomás yo la había librado, que era el único con vida para contarla. Duré harto tiempo en cruzar ese maizal. La verdad es que no le veía el apuro. Ahí lo más importante era mantenerme con vida. Qué más. Con mucho cuidado de no hacer ningún ruido, crucé el cerco de la huerta que rodeaba la casa de Castellanos. Primero me salió un perro y me soltó unos ladridos. Me escondí atrasito de unos tambos de esos de doscientos litros. Despuesito, salió una muchacha de la casa y se llevó al animal a otro corral o no sé para dónde. El asunto es que ya no se escuchó ningún ladrido. Me estuve un rato agazapado debajo de unos manzanos. Estaba esperando a que se calmara el movimiento dentro de la casa, para salir corriendo y meterme al bosque. Ahí sí, la canija suerte se iba a poner de mi lado. De pronto, sentí una mano en la espalda. Era de verse cómo se me atoraron los huevos en el pescuezo nomás de pensar que había caído en manos del enemigo.

—¿Qué hay, paisano? ¡No me diga que todavía sigue vivo! —dijo Lupito Scobell con una sonrisa en la cara que brillaba más fuerte que el sol de aquella mañana.

11

GUADALUPE SCOBELL GAYTÁN, mejor conocido como Lupito Scobell, fue uno de los que lanzó los primeros disparos en el asalto al cuartel en Ciudad Madera, y el último en abandonar la batalla aquel 23 de septiembre de 1965. Combatió de frente al ejército enemigo. Al rato, ya con la sangre hirviendo entre las venas y con el sol asomándose indiscreto entre los cerros, repelió el ataque de la compañía de infantería que les cayó por la espalda. Y, por si esto no fuera suficiente hazaña, todavía se dio tiempo para quitarle de encima un par de soldados a Florencio Lugo, cuando este último, emprendió la retirada para internarse en el bosque. Vio caer a sus compañeros de lucha y, ya al final, cuando al ruido de las balas se lo empezó a comer el silencio, se retiró caminando de su puesto de combate, así nomás, como si nada, como si fuera la pura sombra de un fantasma.

A Lupito Scobell le asignaron un fusil de carga marca *Remington Magnum* calibre 7 mm, una bomba molotov y siete granadas de manufactura casera. Lo colocaron en el grupo de compañeros que se apostó en los talleres del ferrocarril, y le dieron el encargo de guía porque conocía la sierra de Chihuahua como la palma de su mano. Una golondrina desbalagada se enredó entre sus suspiros. Le pidieron que se llevara a Miguel Quiñónez Pedroza a su lado para que cubriera la retaguardia. Lupito Scobell y Florencio Lugo se parapetaron detrás de un muro de piedra. La noche los protegió con una sábana de oscuridad. Cuando sonó el primer disparo, Lupito sintió que un

maremoto de adrenalina se desataba dentro de su cuerpo. Apuntó con su rifle hacia las barracas. Un par de soldados hacían guardia alrededor de una fogata. La madrugada se le fue trepando en la mirada. En ese momento recordó cuando jugaba de niño al tiro al blanco en las ferias que cada año llegaban al pueblo; era un jolgorio de luces y alegría. Se dijo para sí mismo: «Es igualito que los rifles de postas, nomás que ahora los soldaditos son de carne y hueso». Frente al grano de su fusil, vio caer dos sombras. El rocío de la mañana le empezó a besar, despacio, despacito, con mucha suavidad, cada uno de los rincones en donde se fueron a agazapar sus sueños. A los soldados que asomaban la cabeza los cazaba como si fueran conejos. Al inicio de la batalla la cosa estaba fácil, es más, para qué es más que la verdad, a Lupito aquel enfrentamiento con el «temible enemigo» le resultaba entretenido.

Ya despuesito, cuando el cielo se enlagañó los ojos con una nube gris de pólvora quemada, Lupito observó que un puñado de soldados salió del cuartel y se apostó a unos cuantos metros del muro donde ellos se protegían. En ese momento los contrincantes se colocaron a tiro de piedra. Además de balas, Lupito intercambiaba insultos con sus enemigos.

—¡Salgan de su madriguera, hijos de María Morales!

Una estrella caída de no se sabe dónde aplastó la buena suerte de los guerrilleros. Cuando la máquina del ferrocarril encendió las luces, quedaron al descubierto los compañeros que se habían apostado como lagartijas en el terraplén de las vías del tren. Lupito Scobell tomó una granada de la cintura, encendió la mecha y la lanzó

con rumbo a la locomotora. Esperó unos segundos que se alargaron como las patas de las sombras al atardecer. No escuchó ninguna explosión. Las granadas estaban fabricadas a base de un cartucho de dinamita atrapado en un pedazo de tubo galvanizado. Se suponía que la explosión de la dinamita convertiría al tubo en un montón de esquirlas mortíferas; era un procedimiento infalible que le escucharon a una persona que le contó no recuerda quién, pero que a nadie se le ocurrió hacer tan siquiera una sola prueba, por si las dudas. Lupito Scobell lanzó otros dos tubos de esos que traía fajados en el cinturón. Ninguno de los artefactos hizo explosión. Entonces, un diablo travieso como que se puso a jugar con su imaginación. Lupito le apuntó a un cartucho de dinamita que fue a caer justo frente a la lámpara de la locomotora. El cielo encapotado le dibujó una sonrisa. Una bala certera aluzó por unos breves instantes al universo. La explosión de la dinamita apaciguó el trasiego de desvelados al interior de las máquinas del ferrocarril. Lupito Scobell lanzó las demás granadas que le quedaban. «Ah, qué caray, estos mugreros no dañan a nadie, pero qué ruido hacen», se dijo para sí mismo. Al fragor de la batalla nadie se acordó de las bombas molotov.

Lupito Scobell estaba peleando con tantas ganas, con tanto entusiasmo, con tanto rencor acumulado por tanta canija injusticia, que se le olvidó, de plano, que en ese enfrentamiento con el enemigo se estaba jugando el pellejo. Después vino lo que vino. Un montón de sombras, allá, rodeando la laguna del aserradero, les cayó por la espalda. Entonces, los guerrilleros se vieron en medio de una tormenta de balas. Hasta el cielo amodorrado abrió

tremendos ojos nomás de la pura sorpresa. Lupito, sin perder el ánimo ni tan siquiera un tantito, se propuso enfrentar al enemigo en ambos lados. Disparaba hacia los soldados que salieron de las barracas y se parapetaron detrás del muro de piedra, y hacia el montón de sombras que se apostaron en medio de la sábana de oscuridad que protegía a la laguna. No sentía su cuerpo, no sabía si ya estaba muerto o todavía seguía vivo. No sentía sed ni hambre, ni sentía frío o calor. Simplemente no sentía nada, sólo era la pura alma, las puras ganas, el puro ímpetu de pelear por la libertad.

«¡Águila!, ¡águila!, ¡águila!», se escuchó una voz que venía de por allá del infinito, detrás de las nubes, en donde habita la nada. Era la señal de retirada pronunciada por Arturo Gámiz o por Salomón Gaytán; qué importa, el asunto era salir con vida de aquella ratonera.

—¡Vámonos, Lupito! ¡Ya dieron la voz de retirada! —dijo Florencio Lugo después de que una bala le penetró a la altura de la cintura.

—¡Aquí nos lleva la chingada, pero no abandonamos el combate! —contestó con determinación Lupito Scobell, dispuesto a entregar su vida por una causa justa antes que retirarse derrotado.

—¡Nos tienen cercados! ¡Ya cayeron los demás compañeros! ¡Aquí no hay nada que hacer! —indicó Florencio Lugo con un pedazo de cielo revoloteando en la mirada.

—¡Te cubro la retirada! —indicó Lupito Scobell, pero Florencio Lugo ya no alcanzó a escuchar porque en un breve momento, en que los oponentes recargaron sus

armas, cruzó corriendo la calle con el propósito de internarse en el bosque.

El sol apresuró sus pasos para no perderse los acontecimientos. Las estrellas, encimosas, seguían apeñuscadas al cielo. La noche quería proteger a sus hijos insurrectos. Lupito Scobell observó que los soldados, al otro lado del muro de piedra, se dieron media vuelta para dispararle a Florencio Lugo por la espalda. Afinó su puntería. Un viento que bajó de la sierra le acarició el alma. Realizó dos disparos y vio caer a dos contrincantes que pretendían matar a mansalva. Todavía se dio tiempo para darle un último adiós a Florencio Lugo con una gaviota que salió volando del brillo intenso que de pronto se encendió en el interior de sus ojos.

Lupito Scobell vio caer a todos sus compañeros de lucha. Luego de que inició el combate, como a los quince o veinte minutos, escuchó, allá por donde se ubica la iglesia y la escuela, el traqueteo de una ametralladora de alto poder. Así estuvo la traca, traca, por un rato. Después ya no se oyó nada. Concluyó que Pablo Gómez, Emilio Gámiz y Toñito Scobell, su hermano querido, habían quedado fulminados por el enemigo. Le vio al cielo soltar unas lágrimas de puro sentimiento. Cuando la máquina del ferrocarril encendió las luces, vio con los ojos asombrados de la montaña cómo una bala fue a pegar en un cartucho de dinamita que Salomón Gaytán llevaba fajado en la cintura. La explosión partió el cuerpo en dos. Las esquirlas alcanzaron la parte posterior del cráneo de Arturo Gámiz. Un grito de dolor se escuchó en lo más profundo de la barranca. Cuando una compañía entera de soldados los sorprendió por la retaguardia,

le tocó ver caer acribillados a Óscar Sandoval Salinas y a Rafael Martínez Valdivia. Este último fue alcanzado por las balas del enemigo justo cuando intentaba prender la mecha de una dinamita para lanzarla a los soldados que se parapetaron detrás del muro de piedra. Desde que se escucharon los primeros disparos, Miguel Quiñónez Pedroza se le desapareció así de pronto, como si nada, como si fuera una ráfaga de viento. Después lo vio muerto al pie de la barda del patio de algún vecino en el Barrio Americano. Allá, por la casa de Pacheco, en donde se colocó Paco Ornelas, nunca se escuchó nada, ningún disparo, ni la carcajada de un silencio. Ramón Mendoza Torres se hizo ojo de hormiga. Desapareció del lugar de los hechos, como luego dicen, así nomás, como si se lo hubiera tragado la tierra. ¡Ah, qué carajo!

Al final, ya con el sol encaramado en la espalda desnuda de la montaña, a la tremenda balacera se la tragó el silencio. El cielo envalentonado se descubrió el pecho azul para enfrentar a un viento levantisco. Las piernas flacas de la mañana se estiraron para empezar a caminar el día. A Lupito Scobell le dolía hasta el tuétano de los huesos retirarse con una derrota entre las manos. Quería morir peleando. Fue un momento efímero y extraño en que el pedazo de vida que arrastraba lo sintió como si fuera una maldición. Estaba ileso. Las balas cobardes del enemigo le tenían miedo, se negaron a tocarlo. Lupito Scobell miró a su alrededor y se descubrió naufragando en un océano inmenso y profundo de soledad. Después de una hora de combate intenso, el silencio, insidioso, empezó a merodear el lugar. Lupito Scobell miró a su alrededor en busca de un compañero sobreviviente.

Luego, así como si nada, como si el tiempo se hubiera detenido, como si al pasado reciente se lo hubiera tragado el olvido, como si las palabras y las cosas se hubieran perdido en un abismo, como si lo absurdo de la realidad por fin se volviera transparente, se puso de pie, tomó su fusil con ambas manos y se retiró caminando del lugar.

Con calma, con mucha calma, Lupito Scobell se internó en un callejón del Barrio Americano. Caminó con rumbo al bosque, por allá en donde se esconde el sol tras la montaña. Un piquete de soldados, a lo lejos, como a unos doscientos o trescientos metros, le habitó su sombra. Lo fue ahuyentando con tiros esporádicos, sin blanco fijo, como si fuera una mosca revoloteando sobre las empanadas que horneaban con tanto cariño sus hermanas. Sintió en el rostro la brisa del bosque. Un olor a pino le embriagó la imaginación. La sierra lo recibió con sus brazos protectores. Llegó al primer punto de encuentro, a la antena de radio, frente al hospital construido a base de pura madera al pie de la montaña, a un lado del camino que va rumbo al poblado de Huizopa. De José Juan Fernández Adame y del chofer del camión trocero no supo nada.

Lupito Scobell se apostó detrás de una roca, en la mera cima de la loma. Dirigió su fusil hacia abajo de la colina, rumbo a una de las calles principales donde se localizaba por ahí cerca una escuela primaria. Unas nubes amodorradas se detuvieron a saludarlo. Un camión de redilas se estacionó a mitad de la calle. Un montón de soldados se disponía a ingresar al bosque en busca de los guerrilleros. Lupito miró detrás del grano de su fusil.

Recordó de nuevo los soldaditos de plomo que tumbaba con el rifle de postas en las ferias patronales del pueblo. Un viento extraviado le susurró una cancioncita dulce al oído. Sintió como una caricia el calor del gatillo en el dedo índice de la mano derecha. Realizó dos disparos con un pequeño intervalo de tiempo. Allá abajo, junto al camión de redilas, vio, clarito, caer a dos sombras. Luego, le desataron las amarras a un montón de balazos, parecía como si el ataque al cuartel se iniciara de nuevo. Los soldados tiraban sin rumbo fijo, así nomás a lo bruto, sin ningún blanco. A Lupito Scobell un diablillo travieso le dibujó una sonrisa en la mirada. En ese momento se dio cuenta de lo frágil y lo cobarde que es el enemigo. Así, a una toma y daca, el enfrentamiento se prolongó por más de veinte minutos. Lupito, allá por la calle, frente a la escuela, tumbó a otros dos de sus perseguidores. Los soldados protegidos bajo el camión de redilas no lograron localizar al enemigo. Luego, a las cosas del mundo se las fue tragando el silencio. Lupito esperó otros treinta minutos sin realizar ningún disparo. Los soldados caídos se encontraban inmóviles a mitad de la calle. Nadie asomó las narices para rescatar a sus compañeros. Lupito Scobell se dio tiempo para dejarse arrullar en los brazos seductores del recuerdo. Realizó un balance de la batalla. Tenía la certeza de que, entre los trece guerrilleros que atacaron el cuartel, ocho quedaron muertos. A Florencio Lugo lo vio internarse en el bosque, herido en la cintura, caminando sin rumbo fijo. De los demás compañeros sobrevivientes sólo el diablo sabía cómo diantres fue que se volvieron humo.

Después de esperar por más de una hora en la antena de radio, Lupito Scobell se puso de pie, se apoyó el fusil en el hombro izquierdo, y se fue caminando en medio del bosque hacia la huerta de la casa de Ernesto Castellanos, el segundo punto de encuentro. Observó dos cosas extrañas: por un lado, su sombra se quedó acostada detrás de la roca, esperando el ánima chocarrera de sus compañeros caídos en combate. Por otro lado, sus pasos se negaron a dejar rastros en la hojarasca del bosque, como si fuera un santo caminando sobre el agua mansa de una laguna. No estaba seguro si seguía vivo o nomás era la sombra terca de un muerto. En un huerto de manzanos, alcanzó a distinguir la figura inconfundible de Ramón Mendoza agazapado detrás de unos tambos de doscientos litros. Se le dibujó una sonrisa en el brillo de sus ojos. Por fin salió de dudas. Se dijo para sí mismo: «A los muertos nomás no los espantan los balazos».

12

LA PURA VERDAD es que no sabía para dónde caminar. Por más que avanzaba en línea recta, siempre volvía al mismo lugar. Se me atragantó un sentimiento de inmensidad entre tanto pino. Mis pulmones pedían a gritos un pequeño respiro. Quería encontrar el norte, por allá estaba la ciudad de Casas Grandes, la tierra que me vio nacer. No podía identificar los puntos cardinales. Me arrojé resignado a los brazos del destino.

Esta es mi historia. Ahora me toca el turno. Mi nombre es Raúl Florencio Lugo Hernández. Hugo era mi nombre prestado en la organización. Les voy a contar las que yo pasé. Después del ataque al cuartel en Ciudad Madera, me perdí en medio del bosque con una herida de bala a la altura de la cintura y con esquirlas en la pierna derecha. Un dolor insidioso me habitó el cuerpo. La sangre derramada me arrequintó los pantalones a la piel. El mundo daba tumbos dentro de mi cabeza. Un mareo repentino de plano me impidió seguir caminando. Me senté a descansar bajo la sombra protectora de un pino. Cerré los ojos y me sumergí en el mar apacible de los recuerdos. Apareció la imagen de Bertha Prieto Chávez, profesora normalista, que un día de pronto, sin previo aviso, me cambió la vida para siempre. Recordé el cabello lacio, color negro azabache, jugando, travieso, con el viento. Me perdí de pronto en unos ojos negros, grandes y mágicos como la primavera. Por fin pude tocar con mis propias manos una piel suave, arrebiatada de sol. Recordé el día en que escuché

por primera ocasión aquella voz hinchada de luz que me sedujo los sueños. Se alborotaron en mis recuerdos palabras como: justicia, toma de tierras y liberación.

Recordé aquel día que vi por primera vez a la profesora Bertha Prieto Chávez. El calor estaba bien alebrestado. El diablo escupía lumbre. Yo trabajaba como ayudante de albañil. Estaba detenido en los separos de la policía municipal. Nos habían tomado presos, a mis compañeros de trabajo y a mí, porque un día anterior andábamos por la calle un poco tomados. Así es la vida de los explotados, unas cuantas cervezas después del trabajo para soportar este cochino mundo tan disparejo. Qué más. Recuerdo que, ahí en la cárcel, nos derretíamos en nuestro propio hervor. Escuché una voz que le hablaba al pueblo con un altoparlante. Me interrumpió mi compañero de celda.

—¿Qué pasa? ¿Qué están anunciando?

—Oye lo que dicen. Están invitando a la toma de tierras. Ya estoy harto del trabajo mal pagado. Le chingamos todo el día y no sacamos ni pa quitarnos el hambre. Yo me largo de aquí. Me voy a unir a la lucha campesina —dije ya con la determinación bien atrapada del pescuezo.

Al salir de la cárcel, con la resaca encima, crucé la calle como ánima que abandona el cementerio. Una camioneta maltrecha avanzaba a paso de tortuga. Observé, todo asombrado, el rostro enjuto de una mujer que arengaba como merolico. La belleza de la muchacha me robó el último resuello del cuerpo. Hagan de cuenta que el sol se pintó de luz. El día se volvió más transparente. El canto de los pájaros se volvió más hermoso. Las

sonrisas de las niñas aletearon como mariposas en la primavera. De pronto, descubrí, aunque ustedes no lo crean, una pequeña luciérnaga revoloteando en el interior de mi penumbra.

Unas pisadas de caballo me espantaron los recuerdos. La muerte me acicateaba los talones. No podía seguir caminando, así que me di por perdido. Dos vaqueros me cercaron de cada lado.

—¿Qué pasó, amigo? ¿Qué lo trae por estos andurriales? —comentó uno de los vaqueros montado en su caballo.

—Voy para Casas Grandes, nomás que perdí el rumbo.

—¡Uh! Todavía le falta rete harto para llegar.

—Se ve a leguas que nomás le anda tantaleando a los caminos —agregó el otro vaquero apeándose del caballo.

—Me senté a descansar un rato y me quedé dormido —dije, intentando ponerme de pie.

—¡Ah, qué carajo! Anda muy trasijado. Trae un plomazo en la pierna —comentó el vaquero al ver el pantalón manchado de sangre.

—Ha sangrado rete harto. Por de pronto, necesita una ayudita, oiga. Ansina nomás no puede seguir arreando —agregó el vaquero que estaba de pie.

Un ángel travieso me robó la voz. Un viento salido de no sé dónde se encargó de las presentaciones. Con las puras miradas sacamos un acuerdo.

—No me diga que viene de por allá de Madera —comentó el vaquero que se encontraba montado en el caballo como tratando de confirmar una certeza.

Les juro que tragué lumbre antes de responder.

—¿Y si le dijera que sí?

—¿A poco usted es de esos que traen pendencia con los soldados?

—¿Ustedes qué creen? —contesté al tiempo que me incorporaba del suelo.

—Nosotros no sabemos nada. Somos muy atarantados, oiga. Pero, eso sí le decimos, aquí tiene a unos amigos que no lo van a dejar solo, contimás que anda destanteado por el bosque. ¿Verdá, tú? —dijo un vaquero invitando a participar en la conversación a su compañero.

—¡Ansina es! ¡Faltaba menos!

—Gracias por su ayuda. La mera verdad es que perdí el rumbo.

—¡Alevántese, pelado! Vamos a encaramarlo al caballo. Hay que juyirnos de aquí. Andan muchos soldados peinando el bosque —indicó el vaquero que estaba de pie, al mismo tiempo que me ayudó a subirme a uno de los caballos.

Nos marchamos con un trote apresurado. El sol nos venía correteando en el horizonte. Una parvada de estorninos salió volando en busca de una buena estrella.

—Vamos pal rancho de mi compadre. Necesita que le atiendan la herida y que lo escondan unos diyitas. Después, le ayudamos a seguir su camino —dijo el vaquero que llevaba las riendas del caballo.

El ladrido de un perro vino a anunciarnos la llegada al rancho. A lo lejos, un adulto y un niño reparaban un cerco de alambre de púas. Los vaqueros se saludaron con afecto.

—¿Qué pasó, compadre? ¿Por qué tanto argüende? —preguntó el dueño del rancho.

—Aquí le traimos a un amigo. Necesita unas coyundas y que lo protejan unos diyitas. ¿Cómo la ve? No me pregunte más. Es un favor que yo le pido, compadre. Por las que pasamos juntos —indicó el vaquero que llevaba las riendas del caballo.

El dueño del rancho me dirigió una mirada. El silencio de nuevo se encargó de las presentaciones. El perro se tragó un ladrido.

—Llévenlo al troje. Viene sangrando. Al rato los alcanzo.

Me recostaron sobre unas pacas de pastura. Aquel respiro me apaciguó el ánimo. Me dejé seducir por un sueño viejo con el que tenía cuentas pendientes. El fantasma de Arturo Gámiz vino a decirme unas palabras al oído. Una fiebre prematura me anunció los pasos titubeantes de una infección que venía en camino.

Al rato, cuando desperté, no sé cuánto tiempo habría pasado, escuché un tumulto de caballos a la entrada del rancho. Rito Caldera, el policía rural más temido de la sierra, se hizo presente al lado de un montón de guaruras. El diablo se olisqueaba la cola.

—¿Quién vive? —gritó Rito Caldera con unas ínfulas de mandamás.

—Dígame… ¿Pa qué soy bueno? —contestó el dueño del rancho.

—Andamos en busca de unos desconocidos. Son peligrosos.

—Por aquí no se ha visto nada extraño.

—Estamos siguiendo un rastro de sangre. ¡Qué raro! Ese rastro nos trajo a este rancho. ¡Vamos a buscar en el troje!

El policía rural y sus ayudantes se apearon de los caballos. Desenfundaron pistolas y rifles. Desactivaron los seguros y cortaron cartucho. La buena estrella que me venía siguiendo desde Ciudad Madera, al parecer, dejó de brillar en el horizonte. Los policías rurales abrieron la puerta del troje de una patada. Se encontraron frente a una rebelión delirante.

—¿Así que no han visto nada extraño por estos rumbos? —preguntó con ironía Rito Caldera al mismo tiempo que me apuntó en la frente con su rifle.

13

EL DÍA DESPIERTA agitado después de una larga noche. Un ave negra de mal agüero rasguña con sus graznidos el cielo.

La vida amodorrada sigue su curso.

Allá arriba, el aire anda extraviado. Acá abajo, la candelía quema en el cuerpo como una brasa ardiendo. Un vapor gris, nacido de la humedad de la tierra, deja un hilo de sombra enredado sobre la copa de los árboles. El frío de la montaña se ensaña contra el mundo.

El asunto que suscitó una gran controversia entre los soldados agredidos es que ninguno de los guerrilleros muertos recibió un disparo de frente. No podía condecorarse a nadie porque mataron como viles cobardes.

Las primeras horas después del ataque fueron de desconcierto. El capitán primero Ernesto Arciniega Olea, que se quedó a cargo del cuartel, no podía decidirse entre perseguir a los sobrevivientes o atrincherarse para repeler un contraataque del enemigo. Optó, como era de suponer, por permanecer con los brazos cruzados.

El caos parecía adueñarse del mundo. No se encontraba la orilla de la madeja. Ni el sol ni la lluvia se quedaban quietos. Nunca se supo con certeza si fue un día soleado o un día lluvioso. No podían identificar a los cadáveres. Uno tenía el rostro destrozado y otro estaba partido en dos. Sólo se pudo ubicar con seguridad al doctor Pablo Gómez Ramírez y al profesor Rafael Martínez Valdivia porque portaban una credencial oficial en uno

de los bolsillos del pantalón. Los demás eran desconocidos para los miembros de inteligencia militar. Se especulaba de forma errónea, como luego se supo, que, entre los caídos, se encontraban Juan Antonio Gaytán Aguirre, de origen campesino, y Juan Fernández, estudiante de leyes. Se presumía que el cuerpo con el rostro destrozado correspondía a Arturo Gámiz García, el líder del grupo, ya que portaba un croquis del lugar con las posiciones de los atacantes. Los habitantes de la región se negaron a soltar prenda. Los mandos del ejército estaban ahogados en un mar de dudas.

Después del ataque al cuartel llegó una avioneta procedente de la ciudad de Chihuahua. Descendieron tres soldados y un periodista. La indicación era levantar un peritaje y entregar evidencia gráfica de los acontecimientos. Las autoridades militares a cargo de levantar el acta informativa de lo ocurrido en el cuartel de Ciudad Madera no se ponían de acuerdo en el número de atacantes. El teniente coronel Jorge Díaz Abellano, agente del Ministerio Público Militar, juraba que eran más de cien. El capitán primero Ernesto Arciniega Olea afirmaba que eran entre setenta y ochenta. La versión más objetiva fue el parte de guerra que transmitió el general Tiburcio Garza Zamora, comandante de la Quinta Zona Militar, al titular de la Secretaría de la Defensa Nacional:

—¡El cuartel de Ciudad Madera está siendo atacado por un chingo de enemigos!

Los cadáveres de los guerrilleros caídos fueron trasladados a un lado de las instalaciones de la presidencia municipal. Se aglomeró un montón de gente. El alcalde en turno, Ernesto Castellanos Córdova, salió de su

oficina a recibir los cuerpos de los caídos. Era un hombre delgado, alto, de rostro enjuto, con un pequeño bigote bien arreglado que lo hacía lucir como Pedro Infante. Se postró, inmóvil, bajo una lluvia tenue. Con la mirada recorrió el rostro inconfundible de los insurrectos. Una imagen del pasado se perdió entre la lluvia.

Un vehículo del ejército se estacionó de forma abrupta a un lado del camión maderero donde trasladaron a los cuerpos. Descendió el capitán primero Ernesto Arciniega Olea. Lo acompañaban un chofer y tres guardaespaldas armados hasta los dientes.

—¡Hay que exhibir los cadáveres de estos bandoleros por las calles del pueblo para que sirvan de escarmiento! ¡Cualquier intento de rebelión se castigará con la muerte!

—No se preocupe, Capitán. No eran más que unos gavilleros, unos simples robavacas —comentó Ernesto Castellanos.

—Que nadie toque los cadáveres sin mi consentimiento. ¿Está claro?

—Como usted ordene —dijo en tono sumiso el presidente municipal—. Oiga, capitán, ¿y el cuerpo que está partido?

—¿Qué pasa? ¿Qué hay con eso?

—Es mucho morbo. Yo digo que no tiene caso pasear por el pueblo esos pedazos de carne.

El tiempo se detuvo para darle paso a la imaginación. Las nubes se pusieron anchas de tantos suspiros. Al viento le dio por compartir sus secretos.

—¡Ah, qué caray! Meta ese cadáver en un ataúd y lo entierra aparte. Que cierren la tapadera con llave para que nadie lo vea.

—¡Seguro! Yo me hago cargo de eso —contestó con determinación el presidente municipal.

El capitán primero Ernesto Arciniega Olea abordó el vehículo militar y se marchó del lugar. Un hedor inconfundible de rabia se respiraba en el ambiente. El presidente municipal se sacudió la lluvia del cuerpo como presintiendo que los muertos ya nunca más le darían tregua. Antes de ingresar a su oficina se limpió en un tapete el lodo de las botas. El frío se le empezaba a colar a los huesos. Se quitó la chamarra mojada y la colocó en el respaldo de la silla principal. Con una idea rondando tras su sombra le habló a su secretaria particular.

—¡Busque a David Gaytán! ¡Que se presente de inmediato! ¡Es urgente! Dígale que le tengo un regalito.

Alejado de la luz de la historia esperaba con paciencia un alma en pena.

—Buenos días. ¿Para qué soy bueno? —saludó, efusivo, David Gaytán García.

—¡Ay, carajo! ¡Me asustaste! No te vi entrar —contestó, sorprendido, Ernesto Castellanos.

—Me dijeron que quería verme. Que es urgente.

—Se trata de los muchachos que atacaron el cuartel, de los cadáveres.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo? Yo no sabía nada del asalto. Yo no ando metido en sus asuntos.

—No pues, no es por ahí. Lo que pasa es que entre los muertitos hay uno de los Gaytán.

—¿Y…? ¿Yo qué tengo que ver en eso?

—Pues yo quería ver si es posible que te llevaras el cadáver. Está partido por la mitad. Me dieron indicaciones para que lo metiera en un ataúd con la tapa cerrada.

Que lo velen un rato los familiares y, luego, que lo entierren. Según entiendo, estás emparentado con ellos.

—Somos primos, pero no nos frecuentamos.

—Pues tú sabes.

—Está bien. Yo me hago cargo de eso.

El rostro de David Gaytán García salió de la penumbra y miró en silencio los ojos de Ernesto Castellanos. En el fondo, se encontró a un alma extraviada pidiendo auxilio a gritos.

—Y para todo esto, ¿quién es el muertito?

—Yo pienso que es Salomón Gaytán, pero la verdad es que no estoy muy seguro. A estas alturas es lo que menos importa. ¡Muévete rápido antes de que se arrepientan los soldados! —indicó, ansioso, el presidente municipal.

—Gracias. Lo mantengo informado —dijo David Gaytán a manera de despedida.

Un remolino de calamidades pasó, así de repente, sin pedir permiso. Un llanto triste se le escuchó a la montaña. Los ruidos del bosque se agazaparon tras la sombra de los muertos. Se amontonaron los cadáveres de los guerrilleros en la plataforma de un camión maderero. Luego, los exhibieron por las calles del pueblo. El cielo los lloró a mares. Una lluvia intensa les cobijó el cuerpo. El agua se mezcló con la sangre que escurría del camión trocero. Las calles de Ciudad Madera se pintaron de rojo. Los verdugos nunca se enteraron de que ellos mismos sembraron en tierra fértil la semilla de la rebeldía. El gobierno quería dar un escarmiento público y sólo consiguió despertar la fuerza indomeñable de la indignación.

Al amanecer del día siguiente llegó a Ciudad Madera una avioneta con dos personajes desconocidos. El ataque al cuartel ya era noticia nacional. Al final de cuentas, los muertos se salieron con la suya. Los desconocidos portaban un salvoconducto oficial para llevarse los cuerpos de Pablo Gómez y Miguel Quiñónez. El permiso se gestionó por intermediación de la sección ocho del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación. Los desconocidos se abrieron paso entre un cerco de soldados que resguardaba a los difuntos. Se suscitó una fuerte discusión con el militar a cargo. El argumento de los desconocidos se impuso en medio de la sinrazón. Los cuerpos fueron introducidos en bolsas herméticas, y trasladados al interior del avión. Los dioses de la sierra observaron con tristeza el ritual fúnebre.

El motor de la avioneta se encendió sin contratiempos. Un aire caprichoso buscó refugio bajo la sombra de los pinos.

—¿Qué espera? ¡Vámonos de una buena vez de este lugar! ¡Levante el avión! —ordenó uno de los desconocidos.

—Necesitamos autorización para despegar —indicó el piloto.

El radiotransmisor interrumpió el sonido de la estática. Una voz fuerte y firme se escuchó como Júpiter tronante. Era la voz inconfundible del general Práxedes Giner Durán, gobernador del estado de Chihuahua.

—¡Les prohíbo de forma terminante que trasladen cualquier cadáver de esos forajidos a la ciudad de Chihuahua! Quiero que los entierren a todos juntos en una fosa común. Sin ataúdes y sin nada. Que los

entierren como viles perros. ¡Querían tierra, pues hay que darles tierra hasta que se harten!

14

BUENO PUES, ya se la saben. De nuevo me toca seguir con la historia. Soy Ramón Mendoza. Empiezo donde la dejamos, ¿por dónde más? Resulta que después del ataque al cuartel en Ciudad Madera, Lupito Scobell y yo nos topamos ahí en la casa de Ernesto Castellanos. Yo la verdá andaba muy sisqueado. El carajo de Lupito me cayó por la espalda y me pegó tremendo susto. No es para menos. Le pregunté: «¿Qué pasó? Allá por el monte se escucharon una bola de balazos». «Fui yo, pues, quién más —me dijo Lupito—. Me persiguieron un montón de pelones. Venían sobre mis huesos, así que me los tuve que despachar. Ni hablar». Nos fuimos caminando en medio del bosque con rumbo al poblado de Tres Ojitos. El trayecto era un subir y bajar lomas. Trasijamos lejos de los caminos. Una lluvia ligera de esas que le llaman "engaña bobos" se nos pegó a los talones. La humedad ya se dejaba ver en los pulmones. Las pisadas se quedaban pintadas en la hojarasca del bosque. Bajo la sombra de los pinos un montón de hongos celebraba la temporada de lluvia. Después de caminar por más de una hora, nos sentamos un rato a recuperar el resuello. Lupito Scobell se las sabía de todas todas. Conocía las hierbas y los árboles del bosque como la palma de su mano.

—Mira, Ramón, los hongos de colores con puntitos blancos son venenosos, los grises son comestibles, y estos otros, los chicos, son alucinógenos. Vamos a comer unos tantitos nomás para atontar al hambre —me dijo Lupito con ganas de entrarle a esas hierbas.

—¡Qué hongos ni qué carajos! Ni que fuéramos animales monteros, oye —contesté un poco desesperado.

—Vamos a Nahuérachi con unos amigos. De seguro nos dan un taco. Luego, seguimos para Tres Ojitos.

Al llegar a las cercanías de Nahuérachi, miramos a un montón de soldados. Una hilera de camiones se paseaba por las calles. Un olor a leña quemada se nos metió en las tripas. Lupito Scobell se protegió detrás de un árbol y apuntó su fusil al montón de soldaditos que merodeaba las calles del pueblo.

—¡Ni se te ocurra, compadre! Nos van a localizar en un dos por tres. Déjalos que se queden rondando como zopilotes el tufo de los muertos. Vámonos pa Tres Ojitos. Ahí tengo un buen escondite en el bosque —le dije a Lupito Scobell.

Después de andar caminando entre los cerros llegamos a un lugar que le nombran: Las Lajas. Es un cerro cercano al poblado de Tres Ojitos. En la cima, unas rocas gigantes forman un mirador. Desde ese lugar se alcanza a divisar para todos lados. Se puede distinguir cualquier movimiento a más de diez kilómetros. Era imposible que el enemigo nos cayera por sorpresa. Además, las rocas del cerro podían servir de parapeto si se ponían bravos los pelones. Ahí, en ese lugar, sosegamos por un rato el ánimo alborotado. Divisamos que los camiones de los soldados rondaban los caminos como a unos dos kilómetros de donde estábamos. Nosotros nos preparamos para enfrentarlos. Todavía teníamos un montoncito de balas. Los soldaditos nomás no se animaron a subir a los cerros, que, si no, la mala suerte hubiera sido para ellos, nosotros ya de por sí traíamos encima la

de malas. ¿Ya qué más nos podía pasar? Ahí estuvimos un buen rato hasta que se nos sosegó el ánimo. El viento de la montaña como que apagó un poco la brasa que traíamos ardiendo dentro del cuerpo. Hasta las piedras de los cerros, oye, como que parecía que estuvieran de nuestro lado.

Ya como para las cinco de la tarde se retiraron los camiones de los soldados. Entonces, decidimos salir con rumbo a la torre de La Chinaca. Así le dicen al faro contra incendios que está ahí cerca de Las Lajas. Es que ese faro era el tercer punto de encuentro. Teníamos que averiguar si llegaba otro compañero. Caminamos como una hora. No te creas, así a pura pata, siempre sí está retirado. Recuerdo que ya estaba pardeando la tarde cuando llegamos. Ese día teníamos que reunirnos ahí, era importante, ya para otro día muchas cosas podían suceder. ¿Tú me entiendes, verdá? El asunto es que nomás no vimos a nadie en la torre de La Chinaca. Anduvimos rastreando con mucho cuidado, despacio, despacito, para averiguar si se dejaba ver alguien. Recuerdo que escuchamos un ruidito, y Lupito se tiró al suelo y empuñó el rifle.

—¿Qué pasa? —pregunté, asustado.

—Se escuchan unas pisadas sobre la hojarasca. No vaya a ser la de malas y los soldados andan peinando el bosque —me contestó Lupito.

Los ruidos del bosque se tragaron al silencio. Dejamos que el tiempo alargara las patas.

—No es nada. No te alarmes. A estas horas los soldados deben estar bien dormiditos. No le vayas a jalar a la máquina a menos que sea un animal, una fiera que se

nos quiera echar encima. No son pisadas de cristiano —dije tratando de calmar los ánimos.

Nos metimos mero en medio del torbellino que se hace con los ruidos del bosque. Queríamos distinguir cualquier ruidito extraño, algún chiflido, una tosecita, algo que nos delatara la presencia de un alma extraviada. No escuchamos nada de nada, ni pasos, ni piedritas rodando, ni quebradura de ramas, ni rastro de nada. El bosque era una sola soledad alisándose los cabellos.

Ya con la noche jincada sobre la espalda nos regresamos al pueblo de Tres Ojitos. De ahí mismo son mis padres. Llegamos cuando yo apenas era un chamaco. En ese poblado mi padre me metió a la escuela, ahí aprendí mis primeras letras, ahí me enseñé a cultivar la tierra y a lidiar con los animales. Ahí mismo tuve algunas novias y, ahí me hice muchacho. ¿Tú me entiendes? Los recuerdos más lindos que tiene uno de cuando era chamaco. Ahí conocía muy bien a toda la gente, a los que son amigos, a los que pueden guardar un secreto, y a los que nomás no son de confianza y puede que vayan, luego, luego, con el chisme a los soldados del gobierno. Ya para la madrugada del siguiente día, para el 24 de septiembre de 1965, como a eso de las cuatro de la mañana, nos acercamos a la casa de Polo Durán. Aventamos varias piedritas al techo de la casa. Así estuvimos a dale y dale por un rato. Al fin salió Polo Durán despabilándose el sueño.

—¿Qué pasó, pelados? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Ramón Mendoza. Nomás que no queremos hacer ruido.

—¡Ah, qué caray! Ya te hacíamos entre los muertitos de Ciudad Madera —contestó en un tono de broma Polo Durán.

—Pues, ya ves que no, o a lo mejor somos el puro tufo de un difunto. Ve tú a saber —contesté ya metido en puras sandeces.

—¿Qué pasó, Ramón? ¿Qué andan haciendo? Pásenle para que tan siquiera se echen un taco.

—Mejor platicamos acá afuerita. No queremos hacerle un mal a tu familia.

—¿Cuándo se ha visto que un amigo sea un mal pa la familia?

—Es por si vienen los soldados. Mejor platicamos acá entre los pinos. Hazme caso. No seas necio.

—Bueno pues, como tú digas. Deja le digo a mi señora que prepare tan siquiera un guaje con café y un tambache de burritos para que se los lleven al monte.

Los primeros rayos del sol se recargaron sobre la falda de los cerros. Polo Durán se sentó a platicar con nosotros debajo de una enramada.

—¿Qué pasó, pues? ¿Qué tanto escándalo se traen los soldaditos? —preguntó Polo Durán.

—Pues, eso mismo te venimos a preguntar: ¿qué es lo que se sabe de lo que pasó en Ciudad Madera?

—Nomás lo que dicen en el radio y unas cuantas habladas. En "La Voz de la Sierra", la XETX, aseguran que fueron ocho muertitos. Disque Arturo Gámiz salió corriendo para el bosque. Y disque Salomón Gaytán anda escondido con una herida de bala. Pero en la que le dicen "La Rancherita", la que es de Ciudad Juárez, la XELO, cambian toda la historia. Que Arturo quedó con

la cara destrozada y que entre los muertitos se encuentra Salvador Gaytán. La verdá es que ya no sabe uno ni qué creer. Así está la cosa.

—Lo único cierto es lo de los ocho muertitos. Nosotros los vimos caer. De ahí para allá como que el gobierno trae los pies todos maneados. Y, ¿qué dice la gente? ¿Ya identificaron a los muertitos?

—Dicen las malas lenguas que echaron a los muertitos como a viles reses en un camión trocero y que los pasearon por las calles de Ciudad Madera para que sirvan de escarmiento o no sé qué. Ve tú a saber. A los muertitos los dejaron toda la noche frente a la presidencia municipal. La cosa es que nadie se acercó por esos rumbos. Es que los soldaditos andan muy bravos. No vaya a ser la de malas y también les den cristiana sepultura por andar de mirones. Así que nadie del pueblo ha identificado a los muertitos. Así está la cosa.

Allá tras los cerros a unas nubes revolcadas se les empezó a escurrir el pellejo. El gobierno mandó reforzar la guarnición de Ciudad Madera con una compañía de paracaidistas.

—¡Ah, qué caray! —dijo Lupito Scobell mirando al infinito—. Ahora resulta que están cayendo soldaditos del cielo. Vamos a ver a quién le rechina más el cuero.

15

DOÑA ALBERTINA GAYTÁN AGUIRRE sabía que entre los guerrilleros que atacaron el cuartel en Ciudad Madera se encontraban tres de sus hermanos y dos de sus hijos queridos. La familia de los Gaytán se había preparado con muchos años de antelación para ese momento decisivo. Allá, en la sierra de Chihuahua, a diario caían del cielo torrentes de injusticias. Así que la madrugada de ese 23 de septiembre de 1965, cuando se escucharon los primeros disparos, doña Albertina sintió, de pronto, que le brotó en el fondo de su alma una flor amarilla de esas que les nombran "dientes de león".

El rocío de la mañana le humedeció los labios a la madrugada. Una parvada de estorninos se llevó enredada entre las patas la tranquilidad del pueblo. Una niebla levantada del suelo mojado se fue a refugiar entre las nubes. Doña Albertina Gaytán le atizó a la estufa de leña. Con un soplido lento y prolongado encendió una brasa de encino. Sobre la placa puso a calentar agua en una olla de peltre. Se levantó su hijo pequeño y sus cinco hijas queridas: María de quince, Eva de trece, Bertha de once, Teresa de nueve, Mario de seis y Elvira de apenas cinco años recién cumplidos.

Cuando aún se escuchaban los balazos, Doña Albertina mandó a Bertha y a Teresa a comprar azúcar y café. La señora de la tienda no dejó pasar la oportunidad para realizar un comentario hiriente:

—¿Saben qué es lo que se escucha?

—¡No! —respondieron al mismo tiempo las hermanas Scobell.

—Son sus hermanos que se están balaceando con los soldados en el cuartel —dijo doña Maura, tía política de las Scobell.

Una mano acomedida prendió el radio para escuchar las noticias. Primero se dijo que entre los jóvenes caídos se encontraba Juan Antonio Gaytán. Un momento después se aseguraba que el fallecido era Salvador Gaytán.

El cielo empezó a lagrimear una lluvia de calamidades. Las nubes regordetas se abrazaron para protegerse del frío. Un llanto desconsolado se le escuchó al silencio. Cerca de la una de la tarde llegó a la casa de doña Albertina una camioneta de color blanco, con redilas, de esas que usan los comerciantes para trasijar mercancías por los pueblos de la sierra. Se aprontó David Gaytán García, un primo de doña Albertina que trabajaba en la presidencia municipal.

—¡Oye, Albertina! Desocupa un cuarto de la casa. Traigo el cuerpo de Salomón —aclaró de forma lacónica David Gaytán.

Doña Albertina, con ayuda de sus hijas, desalojó los muebles del cuarto de la casa que servía como sala y comedor. Se acomodó el ataúd en el centro y se prendieron unas veladoras. Un silencio fastidioso y dulzón se hizo cargo de los rezos y las jaculatorias. Doña Albertina recordó aquella escena cuando Salomón Gaytán se juró a sí mismo que un día José Ibarra pagaría por las injusticias que había cometido.

El velorio de Salomón Gaytán se llevó a cabo en medio de un clima de agitación política. Los vecinos y los

familiares compartieron, más que un saludo de pésame, un abrazo de complicidad. En el fondo de la casa se dejó escuchar de forma tenue un coro de rezos. Doña Albertina estaba más pendiente de la información que daban por el radio que de los llantos compungidos.

El sol se retiró a dormir cansado de ese largo día. Las sombras de la noche cubrieron la espalda suave y tibia de la montaña. La penumbra se abrazó al aliento del bosque. Doña Albertina Gaytán pasó la noche al lado de su hermano querido. Le dijo en completo silencio todo el amor que se le había acumulado en el alma. «Gracias, hermanito, por protegernos. Gracias por luchar por los tuyos. Gracias por enfrentar tanta canija injusticia. Gracias, socoyote, por ser tan bueno. Gracias por enseñarnos a amar a los demás. Gracias, Dios, porque nos permitiste vivir a su lado».

La mañana amaneció con los ojos hinchados de tanto llanto. Las estrellas afligidas no se querían desprender del cielo. Unos charcos llenos de lágrimas recibieron al nuevo día. Por órdenes del gobernador, Práxedes Giner Durán, se depositaron los cuerpos de los guerrilleros en la plataforma de un camión trocero y se exhibieron por las calles del pueblo. El oprobio y la rabia se alimentaron de silencio. Cayendo la tarde se depositaron los cadáveres en la entrada del cementerio. La voz de la sinrazón dispuso que los enterraran en una fosa común. Se excavó un agujero de tres metros de cada lado. La tierra se convirtió en lodo caliente, como si se abrieran las entrañas de un volcán a punto de hacer erupción. Las miradas atónitas de los dioses contemplaban el espectáculo. Los cuerpos se apilaron a un lado de la tumba. El tiempo

detuvo su marcha por un instante para permitir que algunos reflectores curiosos inmortalizaran la escena. Se percibía un hedor inconfundible a eternidad.

De la casa de doña Albertina partió un contingente de dolientes detrás del cuerpo de Salomón Gaytán. Doña Albertina decidió quedarse en casa para descansar de tanta pesadumbre. Teresa y Bertha se unieron al sepelio. Al llegar al panteón, las hermanas Scobell observaron los rostros de los demás guerrilleros caídos.

—¡Miren!, este es su hermano Toñito —dijo, sorprendido, José de la Luz Gaytán, un primo de las hermanas Scobell.

—¡Vámonos a la casa! ¡Hay que decirle a mi mamá! —indicó Teresa Scobell ya con una roca gigante de tristeza cargando sobre la espalda.

Las hermanas Scobell corrieron sin parar hasta la casa de doña Albertina.

—Oye, Eva, Toñito también está muerto —dijo en voz baja Teresa para no afligir más a su mamá.

—¿Qué pasa? —preguntó doña Albertina.

—¡Toñito está entre los muertos! Lo van a enterrar en el panteón —aclaró Eva sumergida en un mar de tristeza.

A doña Albertina Gaytán Aguirre se le partió el corazón de un solo golpe. Tomó de la mano a su hija Eva y salió corriendo con rumbo al camposanto. Doña Albertina caminaba tan de prisa que no se dio cuenta del momento preciso en el que las plantas de sus pies dejaron de tocar el suelo. El tiempo se le vino encima. Cada segundo se le convirtió en un siglo eterno. Su hija Eva

corría detrás de sus pasos para sostenerle el alma. El trayecto se volvió eterno.

El camposanto se veía rodeado de vehículos militares. Un pelotón de soldados estaba listo para repeler cualquier ataque. El miedo se respiraba en el ambiente. La entrada del panteón municipal se obstruyó con un montón de arcilla. Un lodo insidioso se pegaba a la suela de los zapatos. Los soldados se parapetaron detrás del cerco de piedra. Una parvada de golondrinas salió huyendo del lugar. El cielo se vistió de luto. El viento empezó a llorar. El frío buscó refugio entre los brazos de los muertos. La soledad habitó las cosas del mundo.

Unos sepultureros acomedidos colocaron con cuidado los cadáveres en el fondo del pozo. Nadie pronunció un solo rezo o una última despedida. El ensordecedor grito del silencio se encargó del *réquiem*. El primer puño de tierra lo lanzaron los mismos guerrilleros caídos.

Doña Albertina Gaytán llegó al panteón a contracorriente de las fuerzas del universo. Un montón de soldados se disponía a abandonar el lugar. De pronto, se escuchó un pequeño lamento que estremeció al cielo.

—¡Quiero ver a mi hijo!

Las nubes grises no pudieron contener el llanto. El sol apuró el paso para esconderse en la montaña; se negaba a aluzar tanta desolación. Los ojos de doña Albertina Gaytán se anegaron en lágrimas. El alma de la pequeña Eva Scobell, que apenas unas cuantas horas antes tenía la ternura del maíz recién nacido de marzo, se marchitó antes de florecer.

Doña Albertina Gaytán Aguirre se arrancó las uñas de las manos intentando desenterrar a su hijo. Cuando las fuerzas se le fueron del cuerpo, besó la tumba. El último pedazo de alma que le quedaba se escapó por el hueco de sus labios. El dolor del mundo se concentró por un momento en la tumba de su hijo. Entonces, las flores amarillas de septiembre decidieron marchitarse a voluntad.

Un viento despechado alborota las ánimas del cementerio. Una mancha de ceniza enlagaña el cielo. Los malos augurios se arremolinan bajo la sombra de los muertos.

Una furia desatada quiere arrancar los árboles del suelo. Los suspiros del otoño remueven recuerdos amargos en el baúl donde habita el olvido.

Un torbellino de lamentaciones se enseñorea por las faldas de la sierra. Un dolor infinito se anida en el fondo de la barranca.

16

AHORA ME TOCA terminar la historia. Ya se la saben, yo soy Ramón Mendoza. Qué quieren. Pues, es que yo fui uno de los que estuvieron hasta el final. Todavía nos quedamos, Lupito Scobell y yo, otros dos días más en las cercanías del pueblo de Tres Ojitos. Queríamos averiguar qué había pasado en Ciudad Madera. Nos juntamos con algunos conocidos que ya endenantes andaban apersonados en el movimiento campesino. Echamos la platicada con Manuel Montes, que era un líder campesino, y con otros compas. La verdá es que nomás no nos sacaron de apuros. No dijeron nada nuevo.

Esos días nos quedamos en el campo, a cielo abierto, atajando el vendaval. La primera noche nos cubrimos de la lluvia con la corteza de un pino. Los pinos secos tienen una cáscara muy gruesa, y mientras más grande el árbol más grande la corteza. Por ahí nomás no pasa el agua ni nada de nada. La segunda noche la pasamos en medio de un sembradío. Nos acostamos encima de la pastura. No, pues, la pura verdá es que de ahí para adelante ya nomás no hubo sosiego. Ya no volvimos a dormir en una cama hasta que llegamos a la Ciudad de México.

El 26 de septiembre de 1965, temprano por la mañana, salimos del pueblo de Tres Ojitos con rumbo al ejido de Santa Rita, ahí pegado a El Largo Maderal. Caminamos alejados de las veredas. No queríamos toparnos con gente desconocida. Pero, aunque subimos puras lomas, nunca faltó que nos saliera al encuentro algún

que otro cristiano. Recuerdo que nos topamos con un muchacho que andaba de montero. Nos reconoció luego lueguito y hasta nos dio su lonche, disque apoyaba la lucha contra el gobierno. Le preguntamos que si cómo sabía quiénes éramos. Nos respondió que para esas horas todo el mundo se había enterado por el radio del asalto al cuartel de Ciudad Madera. Qué cosas. Bueno, pues, caminamos todo el santo día. Llegamos al ejido de Santa Rita pardeando la tarde. Hay unos árboles grandotes, que dan buena sombra. El poblado está como en un vallecito. Ahí hay unos ojos de agua. Está muy bonito por esos rumbos. Acampamos ahí cerca. Eso de acampar es nomás un decir, la cosa es que hicimos una lumbre, tatemamos unos elotes y nos quedamos bien dormidos.

Al otro día nos pusimos a zorrear a la gente, por si se dejaba ver algún peligro. Unos chamacos andaban toreando a unas vacas. Fuimos a buscar a un amigo que se llama Cipriano Hernández, pero que le dicen Andrés. También participó en eso de solicitar un pedazo de tierra. Era gente de Álvaro Ríos y Arturo Gámiz. Nos informaron que los soldaditos nos andaban buscando por todas partes, por Temósachic, por Cocomórachic, por El Mineral de Dolores y por el otro lado de la sierra. Era peligroso quedarnos en ese lugar. Nos dieron un taco y seguimos pal rumbo del estado de Sonora.

Llegamos con unos tíos míos a un rancho que le nombran El Perico. Ahí duramos una buena temporada. Qué les diré, como hasta los últimos de noviembre. Ahí nos repusimos de tanta trasijada. Le ayudamos a mi tío a trabajar la tierra y a lidiar con los animales. Se encariñaron tanto con Lupito que ya no querían que nos fuéramos.

Qué cosas. La mera verdad es que Lupito era de esas personas que se dan muy pronto a querer, contimás con gente del campo, con campesinos como nosotros.

De ahí, del rancho El Perico nos fuimos con rumbo a Yécora. Es un poblado que está cerca de la línea que divide los estados de Sonora y Chihuahua. Allá para la montaña hay un lugar que le nombran La Sierra del Campanero. Así mero, como lo oyen. Nos quedamos con unos viejos conocidos en la Mesa de los Tres Ríos o algo así por el estilo. La mera verdá es que ya no recuerdo muy bien. Lo que sí tengo presente es que en ese lugar nos quedamos hasta el 24 de diciembre. Cómo no voy a recordar si ese mero es el día de navidad.

Bueno, pues, ya oscureciendo pelamos gallo con rumbo a la Ciudad de México. Nos subimos en un camión de pasajeros, de esos que van pa Sonora, tú crees. La cosa es que de Obregón a la Ciudad de México está largo el trayecto. Ahí por Culiacán hacía un calor de los mil diablos, y eso que era la mera temporada de frío. ¡Ahí nomás! Llevábamos un cansancio atrasado. Y, luego, las botas me apretaban que era un carajo. Es que los parientes me regalaron unas botas de mi primo el que se fue con los gringos. Yo le dije a Lupito: «Oye, yo ya no aguanto más estas botas. Cómo la ves si nos quedamos aquí en Guadalajara.» Y Lupito me contestó: «Pues, sí. Si te van lastimando mucho las botas nos quedamos, porque valen más tus pies que lo que falta del boleto.» Bueno, pues, ahí tienen ustedes que nos quedamos dos días en Guadalajara. Cuando menos nos dimos cuenta las botas me volvieron a quedar muy bien. Sería que traía los pies hinchados por el cansancio o porque

ahí va uno todo encogido viajando hartas horas en el camión. Ya con los pies repuestos, continuamos con el viaje.

Llegamos a la Ciudad de México para los últimos de diciembre. Esa ciudad tan grande es un mar de almas muertas. Hay tantas gentes y nadie se da el saludo o se mira a la cara. Es como si murieras de sed en medio de una gran laguna de agua clara. Se le despierta a uno un sentimiento como de hormiga, como si uno fuera un grano más del hormiguero. Luego lueguito fuimos a buscar a Óscar González Eguiarte. No batallamos nadita para reunirnos con los demás compañeros de la mentada red urbana, los que se quedaron en la ciudad y los que nunca llegaron a Ciudad Madera. Óscar nos llevó a un departamento que le prestaron a Pedro Uranga cerca del cuartel número uno. Tú crees. En el mero nido del enemigo. El departamento era de un tal Juan Manuel Vargas; estaba recién estrenado, ahí vivían Guadalupe Jacott, Margarita Urías y no sé quién más.

Esa reunión la tengo bien presente. Es que, en vez de vernos con gusto, con ganas de abrazar a un amigo que se jugó el pellejo, los muchachos se pelearon tan fuerte que por poco y la discutidera termina en balazos. Nomás eso faltaba, que lo que no consiguió el gobierno con su bola de soldaditos, al final, nosotros solitos, nos despacháramos al infierno. Qué cosas. Ahí en esa casa estaban presentes Guadalupe Jacott, Pedro Uranga, Juan Fernández, Margarita Urías, Paco y Saúl Ornelas, Juan Antonio y Salvador Gaytán, Óscar González, Lupito Scobell y yo. Apenas empezó la discutidera y se armaron dos bandos. Primero se discutió por el fulano ese que nos

entrenó en la Ciudad de México, el mentado capitán Lorenzo Cárdenas Barajas. De entrada, Pedro Uranga lo defendió y lo quería integrar al grupo. En cambio, Óscar González lo tachó de traidor; dijo que nos había delatado con el gobierno. A saber. El otro punto de discusión era si continuábamos con la lucha que encabezó Arturo Gámiz, allá en la sierra de Chihuahua, o si se procuraba más gente para encender la llama de la rebelión en los demás estados del país. El tercer asunto por el que se estaba peleando fue sobre quién se quedaría con el mando: si Pedro Uranga o nuestro compañero Óscar González. Al final, nosotros, los campesinos, los que nacimos y crecimos en la sierra de Chihuahua, o sea: Juan Antonio, Salvador, Lupito y un servidor, al lado de Óscar González, nos fuimos por nuestro lado. Nosotros traíamos la sangre hirviendo en las venas, queríamos seguir peleando, continuar con lo que inició Arturo Gámiz. Pero, bueno, esa ya es otra historia.

Cuando ya medio sosegamos los ánimos, se acordó elaborar entre algunos de los sobrevivientes un informe sobre lo que sucedió en el asalto al cuartel de Ciudad Madera. Óscar Gónzalez Eguiarte era el más estudiado, con decirles que le pusieron de sobrenombre El Machete. Todo el santo día se la pasaba leyendo de esos libros difíciles. Siempre se le veía con un libro bajo el brazo. Leía hasta cuando viajaba parado en los camiones esos que van para el rumbo de Pantitlán. Óscar sacó de no se sabe dónde una máquina, se sentó en una mesa bajo una lamparita de noche y se puso a escribir lo que le fuimos diciendo. Se le dio la ingrata tarea de que

pusiera un poco de orden a las ideas. Ustedes creen. Óscar nos preguntó a mí y a Lupito:

—¿Por dónde empezamos?

—Por el principio, ¿por dónde más ha de ser? —contesté muy seguro, pensando que la cosa sería fácil de contar.

—Sí, pero ¿cuál es el principio de la historia? —volvió a preguntar Óscar.

—Bueno, ¿qué tal si comenzamos el día que salimos de la Ciudad de México rumbo a la sierra de Chihuahua? —contesté muy orondo, sin saber que me estaba metiendo en un berenjenal.

—Y ¿eso cuándo fue?

—Ora verás. Deja hago un poco de memoria. Me parece que el grupo donde estaba el doctor Pablo Gómez y Arturo Gámiz salió como un 13 de septiembre.

Un montón de ruidos nos quitaron las ganas de pensar. Era imposible atrapar una pizca de silencio. En medio de ese mar de gentes nos empezó a tragar la soledad. Óscar escribió en la hoja que estaba montada en la maquinita esa:

«*El 13 de septiembre de 1965, como a las ocho y media de la noche, el último grupo de guerrilleros salió de una casa clandestina ubicada en la colonia Pantitlán, en la Ciudad de México, con el propósito de trasladarse a la sierra de Chihuahua. Nunca se imaginaron, ni por asomo, que ese sería el inicio de un desenlace fatal*».

—¿Qué les parece? —preguntó Óscar González Eguiarte esperando nuestra opinión.

—¿Por qué no le echas más galleta? Cuéntalo bonito, para que le guste a la gente, para que nunca se olvide, ¿para qué más? —le dije como si la cosa fuera muy fácil.

Óscar se frotó los ojos con la palma de las manos para espantarse un sueño ingrato que de seguro lo venía persiguiendo. Se jaló los pelos de la cabeza nomás para estar seguro de que estaba vivito y coleando. Se acomodó los lentes de fondo de botella y empezó a escribir de nuevo:

«*Los perros ladran a esa ciudad extraña que entre unos insoportables dolores de parto no termina de nacer…*»

Ciudad Juárez, Chih., a02 de septiembre de 2026.

Fuentes consultadas

Fernández Adame, J. J. (20 de Febrero de 2003). Conversación con José Juan Fernández Adame. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Gaytán, S. (14 de Julio de 2002). Entrevista con Salvador Gaytán. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

González Eguiarte, Ó. (1968). *Madera. Guadalupe Scobell.* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua.

Gutiérrez Barrios, F. (1965). *Estado de Chihuahua. 23 de septiembre de 1965.* México: Archivo General de la Nación.

Jacott, G. (24 de Mayo de 2004). Conversación con Guadalupe Jacott. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Lugo Hernández, R. F. (2005). *Del cuartel a Lecumberri.* Chihuahua.

Lugo Hernández, R. F. (2006). *23 de septiembre de 1965. El asalto al cuartel de Ciudad Madera. Testimonio de un sobreviviente.* México: Universidad Autónoma de Chapingo.

Lugo Hernández, R. F. (13 de Abril de 2025). Entrevista a Florencio Lugo. (R. Martínez Escárcega, Entrevistador)

Mendoza Torres, R. (1965). *Informe de Ramón.* México.

Mendoza Torres, R. (1 de Febrero de 2003). Madera. Ramón Mendoza (seis cassettes). (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Montemayor, C. (2003). *Las armas del alba.* México: Joaquín Mortiz.

Montemayor, C. (2007). *La fuga.* México: Fondo de Cultura Económica.

Montemayor, C. (2010). *Las mujeres del alba.* México: Mondadori.

Ornelas Gómez, F. (s/f). *Sueños de libertad.* Chihuahua.

Ornelas, F. (31 de Enero de 2003). Madera. Entrevista a Paco Ornelas. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Orozco, V. (2003). *Diez ensayos sobre Chihuahua.* Chihuahua: Doble Hélice Ediciones.

Pedroza, M. (9 de Febrero de 2003). Entrevista con la madre y la hermana de Miguel Quiñónez. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Ríos, Á. (2 de Junio de 2002). Madera 1. Conversaciones con Álvaro Ríos. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Ríos, Á. (3 de Junio de 2002). Madera 8. Conversación con Álvaro Ríos y Óscar Sotelo. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Scobell Gaytán, B. (23 de Abril de 2026). Entrevista a Bertha Scobell. (R. Martínez Escárcega, Entrevistador)

Scobell Gaytán, E. (23 de Abril de 2026). Entrevista a Eva Scobell. (R. Martínez Escárcega, Entrevistador)

Scobell Gaytán, M. A. (23 de Abril de 2026). Entrevista a Mary Scobell. (R. Martínez Escárcega, Entrevistador)

Scobell Gaytán, T. (21 de Abril de 2026). Entrevista a Tere Scobell. (R. Martínez Escárcega, Entrevistador)

Sandoval, F. (12 de Febrero de 2003). Madera 2. Plática con Fernando Sandoval. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Uranga, P. (23 de Enero de 2003). Madera. Conversación con Pedro Uranga. (C. Montemayor, Entrevistador) Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Esta edición de
Madrugada insurrecta
se terminó de imprimir en septiembre de 2026,
en los talleres de
Impresión Digital SISPRO,
Plutarco Elías Calles 559
El Colegio, Ciudad Juárez, Chih.
Tel. 656-407-2799 y 656-286-3146.
La edición consta de 500 ejemplares,
más sobrantes para reposición